

Serie coordinada por Violeta Núñez

Saül Karsz, coordinador

La exclusión: bordeando sus fronteras

Los fenómenos de exclusión son hoy día tan graves como numerosos; no podemos contentarnos ya con meras aproximaciones empíricas, ni con indignaciones excesivamente moralistas. La exclusión pone en juego el destino de una cantidad creciente de sujetos particulares y de grupos sociales en términos de empleo, vivienda, salud física y mental, y ejercicio de la ciudadanía. También interroga la organización y el funcionamiento de nuestras sociedades, su estado presente y el futuro que se prepara; las condiciones, los instrumentos, el precio de su prosperidad, en síntesis, su razón de ser. Es imposible ocuparse de la exclusión sin movilizar, de manera cada vez más explícita, toda suerte de dimensiones económicas, políticas, institucionales, jurídicas, sociales y psíquicas.

Por ello este libro pone en cuestión dicotomías que, aunque sean de otra época, siguen aún vigentes: lo individual y lo colectivo, la teoría y la práctica, el sentido y la eficacia, la ética de la responsabilidad y el voluntarismo, la ideología y el inconsciente. Para pensar la exclusión, es indispensable repensar nuestra manera habitual de pensar. Porque no están en juego, únicamente, solamente, los llamados «excluidos».

Esta obra constituye un instrumento de trabajo. Si bien cada contribución aporta un diagnóstico particular a propósito de lo que se puede entender por exclusión, todos los autores aceptan la discusión crítica de sus contribuciones respectivas, e incluso invitan a ello.

Porque se trata, en efecto, de hacer pasar la exclusión del estado de evidencia, de dato que en apariencia no necesita explicación, a la condición de interrogante, de categoría a pensar y por tanto a superar. Un requisito obligado para forjar prácticas eficaces y políticas consistentes, y así favorecer la lucidez de los profesionales respecto de la exclusión y, más allá, el conjunto de las problemáticas sociales.

Los autores de este volumen son, además del coordinador, Michel Autès, Robert Castel, Richard Roche y Monique Sassier.

Saül Karsz es filósofo, sociólogo y miembro de la asociación Prácticas Sociales, además de asesor e instructor en estrategias de trabajo social.

gedisa
editorial

5

La exclusión: bordeando sus fronteras

Saül Karsz, coordinador

5

Saül Karsz

coordinador

La exclusión:
bordeando sus fronteras

Definiciones y matices

gedisa
editorial

BIBLIOTECA de EDUCACIÓN

Pedagogía Social y Trabajo Social

5

Índice

PRÓLOGO	11
1. Tres formas de desligadura, por Michel AUTÈS	15
Tres formas de exclusión	20
Las políticas públicas: atolladeros, salidas	33
La desligadura, o el resistible retorno de lo político ...	38
• <i>Debate</i>	39
2. Encuadre de la exclusión, por Robert CASTEL	55
Tres observaciones sobre una noción laxa	55
Formas históricas de la exclusión	64
La exclusión, hoy	67
• <i>Debate</i>	70
3. La exclusión no existe, yo la encontré,	
<i>por Monique SASSIER</i>	87
Una exigencia social mayor: comprender	89
La cuestión de la identificación: el ejemplo	
de la vivienda	92
¿Cómo salir de aprietos y quiénes lo consiguen?	94
Fabricar la ley — Construir el derecho	95
Urgencia y exclusión	97
Ejemplos pertinentes: los Samu sociales	98
Innovar, experimentar	104
Nuevos lazos entre lo social y lo político	104

4. De la exclusión a la inserción: problemáticas y perspectivas, por Richard ROCHE	111
La protección social dependiente del estatuto salarial	114
La institucionalización de los actores y dispositivos de la inserción	116
La gestión de la lista de espera	116
Los supernumerarios del trabajo y los sujetos de la esfera de inserción	118
La inserción: estancamiento y perspectivas	120
• <i>Debate</i>	121
5. La exclusión: concepto falso, problema verdadero, por Sáiil KARSZ	133
La exclusión: puesta en escena	136
<i>La extraña familiaridad de la exclusión, 137 • Hay exclusión y exclusión: uso genérico y uso específico, 141.</i>	
La exclusión: puesta en cuestión	152
<i>Una categoría polisémica, 153 • Una categoría paradójica, 158 • Una categoría especular, 168 • Una categoría consensual, 174.</i>	
La exclusión: puesta en estructura	180
<i>Dos presupuestos centrales de la categoría de exclusión, 181 • Estatuto de la noción de exclusión: sobre la realidad irreal de los excluidos, 197 • Definirla para ponerle fin, 203.</i>	
BIBLIOGRAFÍA	215
ÍNDICE	219

Prólogo

Entre sus diversas actividades, la asociación «Prácticas sociales» (<http://www.pratiques-sociales.org>) organiza todos los años un encuentro en forma de práctica residencial interactiva. El que se llevó a cabo en 1995 tuvo por tema «La exclusión: definirla, para ponerle fin»; las exposiciones y debates efectuados en esa oportunidad constituyeron la base de la presente obra. Pero el lector no va a encontrarse aquí con actas ni con reseñas: en efecto, cada expositor revisó su contribución y la reescribió en parte o en su totalidad. Los trabajos que componen este libro son independientes, pues, de su versión oral.

Son también independientes de lo que estos autores puedan haber dicho o escrito en otros ámbitos. Aunque todos ellos hayan participado o continúen participando en diferentes circunstancias sobre el problema de la exclusión, la inserción y las cuestiones sociales en general, al intervenir en la presente obra aceptaron situarse a distancia de sus trabajos con el doble propósito de aportar una serie de precisiones y rectificaciones y afrontar la interrogación crítica de algunas de sus propuestas. Al exponer, los expositores se exponen.

Un debate ininterrumpido atraviesa la obra: a ciertas contribuciones les sucede una discusión, argumentos esgrimidos por un autor son cuestionados por otros, se interrogan supuestos y se discuten orientaciones. Este libro no es un rompecabezas cuyas piezas encajen todas a la perfección, sin que queden sobrantes. No hemos querido sacrificarnos a la moda del consenso, es decir, a un dogmatismo difuso pero implacable.

El conjunto está guiado por una tenaz exigencia: la necesidad de indagar en la categoría de exclusión, de identificar las teorías

más temible: la apertura de la esfera de la inserción, no por la posibilidad recuperada del acceso a la esfera del empleo, sino por una *generalización de las características de los empleos de inserción a fracciones mucho más amplias de asalariados*. Encontramos el modelo anglosajón que ya se mencionó, pero también la realidad bien presente de las condiciones actuales de acceso al empleo: utilización de las pasantías (o de los dispositivos de inserción) como períodos de observación, ensayo y aculturación, prolongamiento de estos mediante contratos de duración determinada cuya renovación se tiende a facilitar, proposiciones salariales que vienen a traducir el desequilibrio de este mercado y una presión permanente sobre el empleo que es preciso mantener a toda costa... es decir, a veces cualquiera. Este cuestionamiento —sin duda perturbador— de las representaciones comunes de la inserción confrontadas con las realidades y perspectivas de una esfera de la inserción desenganchada en buena parte de la esfera del empleo, debe permitirnos plantear con más ahínco —al tener más pertinencia— las cuestiones esenciales: teóricas y prácticas, políticas e ideológicas.

5

La exclusión: concepto falso, problema verdadero

por Saül Karsz

Elevar la exclusión al rango de interrogante, de imposible evidencia: tal es nuestro tema, nuestra preocupación, nuestro objetivo. Vemos en la exclusión no un fenómeno real, algo que existiría en la esfera de todo discurso, sino cierta lectura de lo real que intentamos interpretar, cierto cifrado que nos importa descifrar. La exclusión es una modalidad determinada de nombrar lo real y de intervenir sobre él. «El punto de vista define el objeto», explica F. de Saussure: la mirada inscribe lo real en una red significativa. Nos proponemos desmontar esta mirada particular posada sobre lo real, que lleva el nombre de exclusión. Proponemos un modo de abordaje que llamamos *Déconstruire le social* (Karsz y cols., 1992).

Tratamos pues la exclusión en términos de *construcción*. Término valioso, hilo conductor de los análisis que siguen.

Sean cuales fueren su duración de vida y su consistencia, ninguna construcción es natural, universal, eterna; menos aún ineluctable. Una construcción no tiene nada de evidente. Se trata siempre de un resultado, de un producto, de un efecto. Ciertos materiales son necesarios para que esa construcción que es la exclusión pueda existir; se movilizan ciertas articulaciones, ciertas combinaciones, determinados presupuestos y determinadas miras. De lo contrario, no se trata todavía de exclusión o ya no se trata más de ella, o no se trata de ella en absoluto. Porque no es un acontecimiento espontáneo, sino una edificación deliberada: ni cualquier persona puede acceder a la exclusión ni cualquier co-

sa puede figurar en ella; seguramente por eso salir de la exclusión parece tan improbable. La exclusión es una construcción reglada, ordenada, singularmente coherente. Le dicen «multifunción», «comodín» incluso, lo que es indiscutible. Pero una lógica implacable —en absoluto aparente, por cierto— está operando en ella. Virtualmente se puede meter allí de todo, pero de hecho no es así.

Consideremos la exclusión como una obra de teatro con sus personajes típicos, sus decorados, su libreto, sus apuntadores, su director, su desenlace incierto. Sin embargo, en vez de quedarnos en la sala para asistir a la representación, vamos a mirar tras bastidores la manera en que está montada la pieza, cómo y por qué fue escrita, cómo y por qué la representan ante ciertos públicos aquellos a quienes se llama, justamente, actores de la inserción (profesionales de lo social)... Tratar de comprender lo que en ella se representa, lo que en ella está en juego, a lo que ella juega. Indagar qué incluye la exclusión y, por tanto, qué excluye o deja de lado. Trabajar, no *en* la exclusión, presuponiendo lo que es, en qué consiste, sino *sobre* la exclusión, a fin de saber lo más ajustadamente posible de qué hablamos cuando hablamos de exclusión, y de qué, al hablar de ella, evitamos hablar. Condición necesaria para hablar de otra manera, para hablar de otras cosas, para actuar de manera diferente.

El proceder teórico dirigido a elevar la exclusión al rango de cuestión muestra ser indispensable para la inteligencia de las prácticas y para el incremento de su eficiencia. Esto se llama «deconstruir».

No es excluido el que quiere. Para acceder a la exclusión, individuos y grupos deben conocer ciertos itinerarios relativamente típicos y presentar cierto número de características en términos de empleo, escolaridad, vivienda, vida familiar, etcétera. Ésta es precisamente la condición necesaria, expresamente estudiada por los trabajos sobre la exclusión, por la literatura gris, por los discursos mediáticos. Esto es lo que inquieta a los discursos políticos y constituye el blanco de los dispositivos sociales, de las organizaciones caritativas, de las políticas públicas, etcétera.

No obstante, los itinerarios de exclusión son también y son ante todo itinerarios escolares, salariales, conyugales, etcétera. La exclusión es una reinscripción determinada de estos itinerarios, una de sus re-significaciones posibles. De hecho, todas y cada una de las situaciones que corresponden hoy a la exclusión pueden ser objeto de análisis e intervenciones de muy distinta naturaleza.

Comparemos, por ejemplo, los mendigos y los SDF: según la literatura y los dispositivos existentes, en principio sólo los últimos corresponderían a la exclusión; estas dos denominaciones no son sinónimas, no las separa un simple cambio de etiqueta ni solamente la coyuntura económica y política. Ni siquiera la ausencia de vivienda o de empleo: ¡ni unos ni otros los tienen!

Lo que cambia es la problemática a partir de la cual y dentro de cuyos límites ciertos personajes se ponen a existir, adquieren consistencia, presentan ciertos rasgos, carecen de otros, etcétera.

No es excluido el que quiere. Para que individuos y grupos sean reconocidos como tales, es decir, para que sean situados en semejante lugar y para que nos ocupemos de ellos en la medida en que allí se mantienen, para que por su lado individuos y grupos puedan reconocerse como excluidos, es decir, para que entiendan que se trata cabalmente de ellos, para que análisis teóricos los tomen por tema e intervenciones institucionales los apunten como blanco, se requiere una condición suficiente. Condición decisiva, determinante, estratégica: la existencia de una problemática de la exclusión. Sin problemática teórico-política de la exclusión, no hay excluidos de carne y hueso.

Además de cierto itinerario, de cierto tipo de problemas, además de corresponder por lo menos a una de las múltiples exclusiones plurales, todavía hace falta que un cuadro de lectura dé un sentido a ese itinerario, ordene la mirada que se le puede dirigir, seleccione ciertos rasgos, privilegie ciertas actitudes, mitigue otras. Para ser un excluido no basta tener problemas, aunque sean graves: ¡si bastara con eso, el número de excluidos se acercaría peligrosamente a la cifra total de los seres humanos!

Condición necesaria de la exclusión: cierto itinerario material por parte de ciertas poblaciones. Condición suficiente: itinerario inscrito en una serie de significaciones teóricas, de clasificaciones administrativas, de intimaciones institucionales, de asignaciones económicas, de tratamientos políticos. Hay que tener pues problemas diversos y, además, estar apesadado en las mallas de cierta maquinaria de codificación de lo real.

Ahora bien, curiosamente es esto lo que, como regla general, la vasta literatura sobre la exclusión deja en silencio. Al estudiar única o fundamentalmente los itinerarios materiales de la exclusión, sus causas reales o supuestas, con autores que hasta pergeñan tipologías tan azarosas como inquietantes de un inverosímil «perfil del excluido», esta literatura presenta como evidente y na-

tural la problemática —sin embargo cultural e ideológica— que construye la categoría de exclusión y permite reconocer a los excluidos en lo real.

Dicho en otros términos, yo planteo que hay sin duda excluidos de carne y hueso que viven en situaciones subjetiva y objetivamente intolerables y cuyo número aumenta sin parar. Pero señalo que, para que las cosas sean así, se requiere la existencia de una problemática de la exclusión: sin esta problemática, los llamados excluidos no lo son todavía o han dejado de serlo. Sin psiquiatría no hay locos sino poetas, extravagantes, idiotas del pueblo u otros personajes: el diagnóstico no es el mismo, ni el modo de tratamiento, ni los profesionales de lo social. En los hospitales psiquiátricos no atienden a poetas, salvo que se los tenga por locos; por su lado, las editoriales no publican a locos, salvo que los tomen por poetas. Habrá que preguntarse entonces qué ocurre con dichos excluidos cuando no hay problemática de la exclusión, y qué tipo de acciones los implican.

Nuestra argumentación se despliega en tres grandes secciones, cada una de las cuales comprende varios capítulos. «La exclusión: puesta en escena» procede a una primera presentación de la problemática de la exclusión y desarrolla sus contornos. La sección siguiente, titulada «La exclusión: puesta en cuestión», indaga en esta problemática desde un punto de vista crítico. Una última sección, «La exclusión: puesta en estructura», identifica los presupuestos mayores de esta categoría, sus fundamentos teóricos y políticos, y bosqueja las condiciones de una superación razonable y razonada.

Las tres secciones se apoyan unas sobre otras, ensamblándose sin pausa. En el transcurso de las argumentaciones, desde ángulos siempre específicos, retomamos puntos anteriores y/o remitimos a puntos que se tratarán con posterioridad. Progresión dialéctica indispensable para la deconstrucción argumentada de la problemática de la exclusión.

La exclusión: puesta en escena

Se trata aquí de desplegar la categoría de exclusión, mostrando su amplitud y sus ramificaciones. El propósito es señalar su determinación, su fuerza, su impacto, su presencia en toda clase de discursos y en prácticas de todo orden. Difusión masiva, aunque con-

trovertida: ciertas corrientes teóricas y políticas le acreditan importantes rendimientos explicativos, hacen de ella un objeto privilegiado de análisis y un objetivo estratégico de intervención, mientras que otras afirman su inanidad casi total y proponen reemplazarla. Si la exclusión separa por un lado a los excluidos y por el otro a los incluidos, divide también a los que, por razones diversas, se ocupan de ellos.

La extraña familiaridad de la exclusión

El viejo término *exclusion*²⁷ se fue integrando paulatinamente en toda clase de vocabularios, hasta figurar entre los léxicos habituales de diferentes profesiones, de diferentes sectores sociales. En cuanto a sus usos contemporáneos en Francia, es común datar su aparición en los ensayos de P. Massé (1969), de J. Klanfer (1965) y por supuesto en el de R. Lenoir (1974). Sin embargo, el uso propiamente contemporáneo es más reciente aún: la década de 1990. Se produce aquí una especie de coalescencia, de concentración de significaciones que la década irá agudizando cada vez más. En efecto, las mutaciones en la división internacional del trabajo, las reestructuraciones industriales y financieras, el desempleo y la precarización de masas, la generalización de las relaciones mercantiles, el conjunto de transformaciones que definen la etapa actual del proceso de mundialización, es decir, de expansión conquistadora del capitalismo, producen efectos que se entiende son condensados por la noción de exclusión. Su desarrollo es contemporáneo de la revolución conservadora y del influjo creciente del liberalismo. Como señala R. Castel, en Francia el crecimiento de la exclusión se da conjuntamente con la exaltación de la empresa y de los valores empresariales; pero la caída de estos valores en los últimos años no fue acompañada por un descenso de aquélla.

A partir de la década de 1990, la noción de exclusión pasa a ser una categoría sobredeterminada, aparentemente sin fronteras, a la vez interprofesional e interdisciplinaria. Va más allá de la sola esfera económica y política. Sobre todo franco-francesa en sus co-

²⁷ *Exclure*: xv^e (Bersuire): *exclusif*, 1453; *exclusive*, subst. fém., 1838; *exclusion*, XIII^e, rare avant le xvii^e s. Empr. du lat. *excludere*, *exclusivus* (médiéval), *exclusio*; V. *éclore*. — Dér.: *exclusivité*, 1918. (1991. Bloch, O., Von Wartburg, W. *Dictionnaire étymologique de la langue française*. Paris, PUF.)

mienzos, es más frecuente en los países francófonos, así como en España y América Latina, por parte de investigadores de lengua inglesa, etcétera. Al apelar a ella, una literatura en crecimiento exponencial aspira a caracterizar la precarización y fragilización de poblaciones cada vez más numerosas. La exclusión constituiría la causa y/o la consecuencia de conflictos sangrientos de carácter étnico o religioso, hoy día muy numerosos en casi todo el mundo. Se entiende por exclusión una renegación de la alteridad que se corresponde con una rigidez creciente de las instituciones y empresas, impregnadas unas de burocracia y las otras de culto a la productividad. La exclusión del otro, de los otros, constituye una suerte de reserva inagotable por la que asoman sus formas múltiples, multiformes, inconexas.

La exclusión se vuelve un tema recurrente de los discursos políticos y de las investigaciones en ciencias sociales, de los medios de comunicación y de las conversaciones habituales, de las prácticas médicas y psicosociales. Se instalan políticas públicas y dispositivos de intervención, ven la luz nuevos campos y nuevas especialidades del sector social, se recalifican campos preexistentes y se reorganizan modalidades de intervención, en particular mediante la instauración del RMI francés o del Minimex belga. El rechazo de las xenofobias alienta vastas convergencias políticas y doctrinarias. Unas veces la exclusión se inscribe en la denuncia del ultraliberalismo, otras justifica el liberalismo social (Manière, 1998): abanico de «la izquierda plural» en Francia y otros países, en él se reconocen protestantes y católicos progresistas, grupos, revistas, sensibilidades de izquierda.

Algunos llegan a considerarla natural. No habría existido, no podría existir una sociedad sin exclusión: de los esclavos, los extranjeros, los inválidos, los locos, los inmigrantes, los desempleados, los trabajadores, los judíos, los árabes, los pobres, los ricos; en suma, del otro, del Otro. La exclusión sería tributaria no de una coyuntura (temporal), sino de una estructura (irrebasable): sus formas y sus contenidos cambiarían sobre el fondo de un armazón que atraviesa las épocas y las sociedades.²⁸

²⁸ Es muy instructivo en este aspecto leer a S. Paugam, quien, en sus diferentes escritos, abarca prácticamente todo el abanico de las significaciones dispersas, cuando no francamente contradictorias, de la categoría de exclusión. Sin embargo, como se verá más adelante, opera en ella una lógica bien definida.

La década de 1990 precipita y vuelve dominante, casi ilimitado, este conglomerado de significaciones. Generalización de la noción, ensanchamiento incesante de su supuesta *performance* explicativa. Noción sin orillas, sin límites. Ya en 1974, René Lenoir confeccionaba una lista tan enorme de las situaciones reales o potenciales de exclusión —desde la vivienda hasta el sentimiento amoroso— que al final resultaba muy difícil no reconocerse en ella. Después, la célebre «fractura social» mediante...

No discutamos aquí las virtudes omniexplicativas y totalizadoras atribuidas a la categoría de exclusión. Otra cosa merece ser subrayada: las ocurrencias múltiples de esta noción, el amplio abanico de sus campos de aplicación certifican que justamente es difícil no reconocerse en ella. Suerte de test proyectivo, la exclusión «nos interpela en algún punto». Sentimiento en apariencia familiar, arcaico, interno a cada uno de nosotros. No es éste un rasgo menor ni anecdótico. Se manifiesta en él una vigorosa particularidad de la exclusión: son cada vez más los que han oído hablar de ella, los que tienen una opinión al respecto, los que se autorizan a dar su parecer. Llueven las explicaciones. La exclusión resultaría del desarrollo natural y necesario de la economía («No se puede detener el progreso»), de la que sería un efecto inevitable («Los sacrificios de hoy harán posible el crecimiento de mañana»). Derivaría de los fracasos en los sistemas de formación, incapaces de preparar la entrada en una economía moderna, sobre todo de los jóvenes. Estaría vinculada a la dificultad subjetiva de ciertos individuos para adaptarse a la complejidad creciente de nuestras sociedades. Responsable de ella sería la mala gestión de las mutaciones económicas, y/o el carácter supuestamente irracional e inhumano de la economía, el poder de las tecnociencias o, por el contrario, los obstáculos que éstas deben vencer aún. Horror económico según algunos, ventura económica para otros. Periódicamente, ciertos sondeos nos hacen saber que son muchas las mujeres y hombres que creen hallarse en situación de exclusión o que temen estarlo. A escala histórica, en la vivencia personal o en los registros colectivos, por una razón u otra parecería que todo el mundo se ve aludido, cosquilleado, provocado por ella. Y esto, sin que necesariamente la propia situación personal o familiar experimente un deterioro sensible, sin que se tengan por fuerza problemas de empleo, de salud física o mental, de vivienda.²⁹ E incluso sin que se ejerza un oficio llamado social... Caso pro-

totípico inverso, pero de pregnancia similar: el desarrollo hoy masivo de diferentes formas de individualismo e indiferencia constituiría una suerte de protección respecto de lo que cada cual posee, cree poseer o espera poseer, frente al riesgo de exclusión. Efectiva o virtual, todo se presenta como si a cada cual se le impusiera decir algo sobre ella, hacer algo con la exclusión...

Sin embargo, la mayoría de las situaciones que en la década de 1990 se describen en términos de exclusión están lejos de ser todas propias de este período. El destierro de poblaciones enteras, las matanzas reales o simbólicas, la explotación cínica de amplias capas sociales ocupan un lugar no desdeñable en la historia —eminentemente trágica— de la humanidad. La miseria del mundo no nació hoy, ni siquiera ayer. No fueron los serbios, ni siquiera los nazis, los que inventaron la purificación étnica. Nada de todo esto es exclusivo de una época precisa ni de individuos determinados. Por supuesto, esto no justifica en absoluto los crímenes contemporáneos, el destino que sociedades relativamente pacíficas y más o menos democráticas infligen a una parte creciente de sus miembros. Pero se impone una comprobación: la puesta en perspectiva de estos fenómenos tan heterogéneos bajo la categoría unificadora de exclusión, les confiere una coloración de conjunto, les imprime un común denominador, los reúne en una temática compartida. Esto es justamente lo que puede intrigar, pues no se trata en absoluto de una cuestión de palabras, menos aún de moda o hasta de etiqueta. No es lo mismo —ni conceptual ni prácticamente— ver allí exclusión, o alienación, o explotación, o agresividad, o dominación. Cada una de estas denominaciones moviliza registros, poderes, modalidades de intervención específicas. Uno no se dirige de la misma manera a los excluidos o a las clases sociales, aunque sólo sea porque los primeros no desfilan de la plaza de la Bastilla a la plaza Nación y los otros no están en la mira de la inserción. Así pues, la exclusión produce efectos sobre fenómenos culturales, po-

²⁹ Puede decirse de la exclusión lo que D. Demazière señala en cuanto al desempleo, más aun cuando se considera a éste como un índice significativo de aquélla: «El desempleo no afecta a todos los individuos en la sociedad, pero concierne a esta última en su globalidad. Hay aquí sin duda un rasgo capital del desempleo masivo: no traduce ya algunas fallas del crecimiento, algunos accidentes en la periferia social; amenaza a las regulaciones sociales, desestabiliza las representaciones establecidas, interpela a la sociedad en su conjunto» (1995. Demazière, D. *La Sociologie du chômage*. París, La Découverte, pág. 114).

líticos, económicos, institucionales, sexuales, etcétera, que es perfectamente posible vivir y analizar bajo otras denominaciones. Se trata de una metacategoría (Thomas, 1997).

Por eso insistimos en que parece dotada de una capacidad omniexplicativa. Voraz, goza de un auténtico don de ubicuidad: no solamente personal ni únicamente colectiva ni exclusivamente histórica. Noción moderna a carta cabal, contemporánea y sin embargo muy antigua, ancestral, incluso arcaica. La exclusión puede ser llamada segregación, y la segregación, exclusión (Karsz, 1998; Soler, 1998). Noción eminentemente familiar, por lo mismo que interpela a muchas personas en muchos planos y dice muchas cosas sobre muchos problemas. Pero su familiaridad es curiosa, sorprendente, enigmática...

Hay exclusión y exclusión: uso genérico y uso específico

Múltiples facetas de la exclusión: respecto de instituciones, prácticas, medios profesionales, configuraciones familiares, estructuras políticas y relaciones económicas. Conocemos la exclusión escolar, la exclusión profesional, la exclusión del poder, la exclusión sindical, la exclusión frente al trabajo, la exclusión en materia de amistad, la exclusión amorosa, la exclusión racial, la exclusión de la atención médica, y hasta la excomunión eclesiástica... Si se busca bien, uno está siempre excluido con relación a alguien, uno está siempre excluido de algo. Se manifiesta así de nuevo lo aparentemente inagotable de las ocurrencias de esta categoría. Toda enumeración acaba siendo incompleta y a la vez, radicalmente, tiene cabida para todo.

Comprobación en suma trivial. Si la palabra «exclusión» forma parte de toda clase de vocabularios corrientes y eruditos, antiguos y modernos, no en todos cumple los mismos roles, no ejerce siempre las mismas funciones, no designa siempre las mismas cosas, no tiene siempre el mismo sentido. Sin embargo, deberemos preguntarnos si esta pluralidad de significaciones, a la vez fluctuantes y alternativas, de una categoría aplicable a situaciones radicalmente dispares y a conductas básicamente heterogéneas, constituye un inconveniente, una desventaja o, por el contrario, una condición *sine qua non* de funcionamiento.

A partir de la década de 1990, la exclusión se convierte en una contraseña; mejor dicho, en un paradigma. Adquiere un sentido

específico, poco usual o inexistente en otros lugares, en otras épocas, en otros contextos. Para localizarlo, formulemos una primera distinción: entre el uso genérico y el uso específico.

Las situaciones antes evocadas son ejemplos del uso genérico, general, tal y como lo caracteriza el diccionario de la lengua. En cada oportunidad la exclusión toma un sentido limitado, estrecho, circunscrito a ciertas situaciones. La exclusión escolar es una medida reglamentaria que sanciona la suspensión o la expulsión de uno o varios alumnos. La exclusión de la vivienda sigue por lo común a la falta de pago del alquiler, a recursos juzgados insuficientes, sobre un fondo de especulación inmobiliaria y de política restrictiva del hábitat. La exclusión del empleo depende de las calificaciones del candidato, de sus pretensiones, de la competencia planteada entre los postulantes, de las reestructuraciones industriales y comerciales, de las estrategias patronales. Cualquiera que sea su gravedad para las personas y los grupos implicados, se trata de exclusiones restringidas, particulares. El término exclusión reviste aquí un carácter indeterminado pero tolera que se lo especifique: la exclusión concierne a la segregación, la eliminación, la expulsión, el apartamiento, el despido, la revocación, el destierro, el exilio. También es posible invertir la lista: la segregación, el exilio, la revocación, etcétera, incluyen la exclusión como uno de sus atributos. Incluso se la puede hacer a un lado sin que el sentido del conjunto se modifique notablemente.

Distintas son las cosas para el uso específico, propiamente contemporáneo. De entrada nos confrontamos con una aparente paradoja: los ejemplos de exclusión que se evocaron datan todos de nuestros días, o bien, si son válidos para diferentes épocas, también lo son para la nuestra; pese a esto los hemos citado como ejemplos del uso genérico, es decir, no forzosamente actual de la categoría de exclusión. Sale aquí a la luz cierto juego esencial para el funcionamiento de esta noción. En efecto, el carácter *contemporáneo* de la exclusión no tiene un sentido inmediatamente cronológico o temporal. No basta que la exclusión suceda en nuestros días (incluso después de la década de 1990) para que corresponda al uso específico: las circunstancias, la época, el número y la cualidad de las personas y grupos, la gravedad de las situaciones no son decisivos, o por lo menos no son suficientes.

En su uso específico, contemporáneo, la exclusión no está necesariamente presente en la exclusión de la atención médica, en la exclusión respecto del empleo, en la exclusión política, etcétera.

No todos los excluidos del empleo o de la escuela son... excluidos. La exclusión no está inmediata o automáticamente presente en alguno de los ejemplos citados. Pero esto no hace que esté ausente de ellos.

Cuando ciertos discursos y prácticas movilizan el uso específico de la categoría de exclusión, están funcionando códigos precisos y movilizándose supuestos específicos. Como éste, capital: no basta ser excluido de alguna parte para ser un excluido en el sentido específico, contemporáneo del término. Hay exclusión y... exclusión.

Esta diferencia no es en absoluto un juego de palabras. La exclusión, en efecto, no existe en el aire, sus formas y contenidos son concretos y materiales. No es en absoluto etérea, debe ser declinada, especificada, caracterizada. Esta materialización se encuentra a cargo de adjetivos de carácter local, circunscrito, restringido: adjetivos que corresponden al uso genérico. La exclusión escolar, la exclusión profesional, la exclusión étnica, la exclusión cívica, la exclusión sexual, etcétera, detallan la exclusión, la hacen visible, la amarran en el tiempo y en el espacio... Pero sobre todo no la agotan: según los casos, la exclusión es tributaria de la depuración, de la eliminación, de la expulsión, del despido e incluso de la matanza; ella es todo esto, en mayor o menor medida porta algo de los unos y/o de los otros, pero fundamentalmente no se reduce a ellos. En su sentido específico, la exclusión representa algo distinto y algo más que sus manifestaciones fechadas y localizadas. Ella ressignifica situaciones de depuración, de despojamiento, de rechazo, e incluso situaciones de exclusión ya existentes.

Si es difícil no reconocerse en la lista de R. Lenoir, si «el estado del saber» (Paugam, 1996) exporta la exclusión a una cantidad impresionante de terrenos, si de la exclusión todo el mundo cree saber algo, si buena parte de los discursos políticos la toman por blanco... es sin duda porque ella supera sus múltiples avatares. Su lugar propio trasciende todas y cada una de sus formas históricas. Nada de lo humano le es ajeno. Como el buen sentido según Descartes, la exclusión es la cosa mejor repartida del mundo.

En estas condiciones, un solo significante puede acompañarla, un solo vocablo es capaz de decir de qué se trata con ella. Una sola palabra —única, ejemplar, paradigmática, trascendental— es capaz de denominar su campo, su extensión, su envergadura, su profundidad, su espesor: «social». En su uso contemporáneo, la exclusión es siempre, en última instancia, una exclusión social.

El artículo que le corresponde no es indefinido sino definido: esta exclusión es *la exclusión social*.

Pareja singular, en verdad.

Cada uno de los componentes existe por su lado: la exclusión se despliega según usos, significaciones, registros diversos, mientras que lo social se declina según dimensiones y acepciones tan múltiples como inconexas. ¡Tomados por separado, cada uno de estos dos componentes hace correr mucha tinta y realizar muchas acciones! Pero cuando se acoplan, su unión —lejos de constituir una simple suma— rebota sobre ellos y produce efectos en uno y en otro.

Antes que nada, en términos de sinergia: «exclusión» y «social» se confortan recíprocamente. Pegada a «social», la exclusión se muestra sin topes: por cuanto de una u otra manera todo puede ser llamado social, y por cuanto lo social se insinúa prácticamente por doquier, la exclusión se vuelve indefinidamente exportable, intrínsecamente inagotable. La exclusión social es la exclusión sin fronteras. Esto es lo que autoriza su expansión en todas direcciones.

Por su lado, no bien el adjetivo «social» se pega a «exclusión», ocupa una posición especular. Confirma que ésta carece de fronteras, que acecha prácticamente por todas partes, que puede estallar en cualquier sitio y en cualquier momento, que puede abatirse sobre cualquier persona (¡incluso sobre los cuadros de las empresas!, según se dice). «Social» apuntala el carácter todopoderoso de la exclusión, corrobora su don de ubicuidad. El adjetivo expresa hasta qué punto la exclusión es radical, profunda, devastadora: en sus efectos materiales, y también en aquello que ella ataca, en cada sujeto humano y en el conjunto de la sociedad. La exclusión social concierne a los fundamentos de la existencia individual y colectiva, al ser-juntos tanto como al ser a secas. Radical, ella interpela la raíz de los seres y las sociedades, su tronco, aquello que los sostiene, aquello a lo que se aferran. De ese modo, si en la década de 1970 fue ya cuestión de excluidos (de la economía, del bienestar, del progreso, etcétera), si antes, en los años cincuenta, fue cuestión de los excluidos de la vivienda y así sucesivamente, todo esto no concierne todavía a la exclusión social, que data de los años 1985-1990: estos excluidos lo son radicalmente y son por tanto socialmente excluidos, son excluidos sociales.

La ausencia de vivienda, el desempleo, los problemas escolares, el no acceso a la atención médica o a los derechos políticos no cons-

tituyen en absoluto fenómenos superficiales, anecdóticos, puramente materiales. Es imposible —y profundamente escandaloso— reivindicar una jerarquía cualquiera de las desdichas. Pero estas situaciones no corresponden por fuerza a la exclusión social por cuanto revisten un carácter parcial, particular; los problemas de vivienda, de empleo, de escolaridad, pueden o podrían recibir respuestas en términos de hábitat, de empleo, etcétera. No sucede lo mismo con la categoría de exclusión social. Esta última supone problemas de vivienda, de escolaridad, de empleo, etcétera, sin reducirse en absoluto a ellos: la exclusión social concierne a las raíces del ser y del ser-juntos en la medida en que estas raíces son carcomidas por los problemas de vivienda, de empleo, etcétera. Si la ausencia de vivienda o la falta de empleo pueden ser llenados por un hábitat o un trabajo, por su lado la exclusión social supone una gestión global, tan radical como la falta que se trata de llenar: una gestión de inserción. Se habla así de inserción *por* lo económico, *por* el deporte, *por* las actividades culturales: otros tantos medios al servicio de una inserción situada más allá de los caminos que se entiende conducen a ella.

Por este motivo, en Francia, la ley de lucha contra las exclusiones se propone asegurar nada menos que la cohesión social: ¡la necesidad de una reparación semejante deja entrever todo lo que la exclusión pone en entredicho! Por razones semejantes, los discursos sobre la exclusión —sean los corrientes, los mediáticos, los políticos o los de pretensión científica— adoptan un tono grave, más o menos enfático, y algunos echan mano a un *pathos* unas veces vehemente y otras melancólico (Thomas, 1997). Lo cual permite comparar la categoría de exclusión con la alienación de la década de 1970 (de Foucauld y Piveteau, 1995).

Como es *social*, las más de las veces la *exclusión* se escribe o se dice sin un adjetivo especial: se emprenden luchas contra la exclusión a secas, y una abundante literatura se ocupa de la exclusión e incluso de la Exclusión. Ausencia de adjetivos perfectamente descifrable, pero a condición de someterla a una doble lectura. Primero, literal: la ausencia de adjetivo indica que ninguna cualificación temporal o espacial (exclusión escolar, profesional, etcétera) puede dar cuenta de la médula sustantiva de dicha exclusión. La ausencia de adjetivo especial evita empequeñecer la exclusión, reducirla a tal o cual de sus manifestaciones particulares. Ahora bien, aunque la exclusión no esté explícitamente adjetivada, el adjetivo «social» brilla aquí por su ausencia. ¡Y justamente porque esta

ausencia *brilla*, se trata, en realidad, de un exceso de presencia! He aquí un segundo nivel de lectura. Escribir o pronunciar el único adjetivo que figura entre líneas, justamente en hueco, sería inútilmente redundante. El que no se lo pronuncie no impide en absoluto que la palabra se haga oír: decir «exclusión social» equivale a preguntar de qué color es el caballo blanco de Enrique IV.

Sale a luz una dialéctica, auténtica puesta en escena de la exclusión en su acepción específicamente contemporánea. Tenemos por una parte las exclusiones plurales, determinadas, calificadas en el tiempo y en el espacio (exclusiones escolares, profesionales...); tenemos por la otra la exclusión fuerte, radical, la exclusión en singular, sin sinónimo ni traducción: la exclusión social. Se trata aquí, *a la vez*, de dos tipos de exclusión totalmente distintos, y al mismo tiempo de una sola y misma exclusión.

Dos tipos: como se sugiere más arriba, la exclusión es tributaria de la eliminación, de la depuración, del rechazo, del apartamiento, etcétera, pero no se reduce a ellos. Para ser socialmente excluido, para ser excluido socialmente, no basta en absoluto una exclusión sindical y/o política y/o escolar y/o institucional y/o del trabajo. No por ser excluido de un lugar o de una corporación (partido político, Iglesia, colegio profesional), no por sentirse excluido subjetivamente... es uno efectivamente excluido o se encuentra en situación de exclusión. Hasta puede concebirse que uno sea excluido sin que se le informe de ello (procedimiento usual en los vodeviles). Una vez más, hay exclusión y exclusiones: exclusión en singular y exclusiones en plural.

Un solo tipo, sin embargo: la exclusión social no tiene nada de etérea; lejos de instalarse en los limbos, es perfectamente real, concreta, material. Precisamente por eso es social. Pero este adjetivo indica algo que no es en absoluto una perogrullada ni un recurso estilístico: la exclusión puede insinuarse por doquier y abatirse casi sobre cualquiera, pero siempre sobre la tierra, forzosamente en sociedad. En la medida en que reviste un carácter social, la exclusión es un fenómeno de sociedad, concierne a la sociedad, tiene lugar en la sociedad e implica apuestas sociales. Dicho de otra manera, la exclusión impone abordar explícitamente las cuestiones económicas, políticas, ideológicas.

La exclusión social se consume sobre la tierra en circunstancias históricas precisas: ¡justamente, con motivo de exclusiones plurales, particulares, fechadas y localizadas! La exclusión social es lo que tienen en común la exclusión escolar, la exclusión pro-

fesional, la exclusión étnica, la exclusión cultural, etcétera; es aquello a lo que éstas pueden conducir, es el riesgo que corren los individuos o los grupos excluidos de la escuela, del mercado laboral, del acceso a la atención médica... Por ejemplo, esta última exclusión, grave en sí, provoca tanto como resultado de un deterioro generalizado de las condiciones de vida de los individuos y grupos implicados en términos de empleo, vivienda, escolaridad, consumo; en síntesis, del conjunto de derechos y deberes *sociales*, justamente. Exclusión entre exclusiones, la exclusión de la atención médica es testimonio de una de las formas temporales y espaciales que adopta la exclusión social. Lo mismo sucede con cada una de las exclusiones específicas.

En su uso contemporáneo, el riesgo, el peligro, la apuesta de las exclusiones plurales es en consecuencia la exclusión en singular, la exclusión social, que ellas portan de manera latente. La gente se interesa por las exclusiones plurales en la medida en que éstas amenazan consumir la exclusión singular. Las exclusiones plurales se destacan sobre el fondo de la exclusión social, que cada una revela en un dominio delimitado. Una exclusión parcial puede o no convertirse en exclusión social según concierne o no a algo de lo social.

La exclusión social es una especie de exclusión; un caso entre otros, siendo no obstante la exclusión por excelencia, la exclusión primera, el caso príncipes de toda forma coyuntural de exclusión. En su acepción específicamente contemporánea, la noción de exclusión funciona en un ir y venir ininterrumpido, en un vaivén constante entre estos dos tipos de exclusión. Si una exclusión puede ocultar otra, si finalmente toda exclusión es siempre social, hay una que es más social que las demás.

He aquí pues una clave mayor, un cuadro de desciframiento de los discursos y dispositivos de intervención relativos a tal o cual forma llamada concreta de exclusión: la exclusión social es a un tiempo presupuesta, sobrentendida y mostrada a la altura de sus manifestaciones particulares, aquellas de las que se ocupa el discurso o el dispositivo implicados. Se intenta una articulación de lo general y lo particular, circulan definiciones, se despliegan argumentaciones, se ejercen presupuestos y objetivos. Juegos más o menos claros tienen lugar entre la esencia (exclusión social) y la existencia (exclusiones parciales), entre la causa trascendental y el fenómeno histórico. Consecuencia: es imposible ocuparse de la exclusión, desde un punto de vista teórico y/o práctico, sin hacer filosofía.

Sin embargo, cuanto menos estén enterados de ello el investigador, el político, el operador en territorio, cuanto más lo nieguen, más obligados están a practicar la forma filosófica dominante: el empirismo, el idealismo, la metafísica.³⁰ Esto no constituye un inconveniente en sí, desde luego. El idealismo y la metafísica son posicionamientos filosóficos tan legítimos como el materialismo y la dialéctica, como lo prueban algunos grandes nombres de la filosofía.

Pero lo cierto es que los posicionamientos filosóficos no son gratuitos ni anodinos. Permiten avanzar o, por el contrario, conducen a callejones sin salida. Esto vale para la categoría de exclusión social.

Esta última es testimonio de una crisis: la pareja formada por «exclusión» y «social» encierra contradicciones insostenibles. O. Mazel, cuyo diáfano trabajo sobre la exclusión lleva como subtítulo *Le social à la derive* (Mazel, 1996), nos lo indica. Metáfora ejemplar: explícita o implícita, se la encuentra en todos aquellos que trabajan en la exclusión y no sobre ella, en los teóricos que emiten diagnósticos sobre lo social *desamarrado* o que ven al excluido en las *fronteras de lo social*, en los políticos que intentan refrenar sus *estratos*, en los trabajadores de lo social que buscan evitar la ruptura del *lazo social*, en aquellos que combaten contra el ensanchamiento de la *fractura social*. Nuestra época se caracteriza, suele exclamarse, por una *crisis social* probada. El desarrollo de la exclusión transforma radicalmente lo social, lo desconecta, lo deja sin timón: lo social cesa de ser el espacio de la expectativa, de la esperanza y de la promoción (sociales), del progreso compartido, de la posibilidad para cada cual de encontrar un lugar en la sociedad... Lo social pasa a ser el teatro de desigualdades tanto más intolerables cuanto que parecen imposibles de evitar, si no definitivas. Diferencia con otras épocas en que las disparidades de ingresos y de condiciones de vida parecían relativamente soportables porque se las suponía transitorias, circunstanciales, tarde o temprano superables. Lo social progresivo de otro tiempo, si no progresista, es reemplazado poco a poco por un social taciturno, lúgubre y hasta regresivo. Al respecto, muchos autores entonan odas más o menos nostálgicas a la memoria de los Treinta Glorio-

³⁰ Althusser, L. 1973. *Philosophie et philosophie spontanée des savants*. París, Maspéro.

sos, pero R. Castel tiene razón cuando recuerda la idealización posterior de una época que fue también de conflictos sangrientos y de una explotación desenfadada de los hombres y los continentes. En todos los casos, el hecho de que hoy la exclusión sea precisamente social y no sólo profesional, escolar u otra, indica lo que sucede con lo social: expresa su disfuncionamiento, su desazón, su malestar. El crecimiento de la exclusión amenaza a lo social, exagera sus tensiones, lo vuelve cada vez más inestable, lo expone a implosionar, tal vez incluso a explotar. Lo social ya no es lo que era. A la larga, la exclusión excluye lo social.

Testimonio de lo que hoy ocurre con lo social, la exclusión dice lo que éste se supone no es: un social dividido, desigualitario, conflictivo, contradictorio. Ocuparse de la exclusión es operar sobre las causas y los mecanismos que hacen que lo social se muestre tan poco liso, nada unido, apenas consensual. Tan poco social, en suma. Si la exclusión escolar hace imposible continuar los estudios, la formación, las salidas eventuales, y socava la identidad personal, si la exclusión profesional hace vacilar el porvenir de los individuos y grupos, por su lado la exclusión social interpela a la unidad social como tal, a la sociedad en su conjunto así como a cada uno de sus componentes. Tal es la mira, como recordé más arriba, de la ley de lucha contra las exclusiones. La cohesión social necesita ser restaurada más allá de las grietas que la atraviesan, preservada más allá de los intereses y oposiciones que la toman por blanco. No hay nada que replicar a esto, salvo que dicha restauración presupone que en otro tiempo la cohesión social habría sido lisa, lampiña, de un solo cuerpo, no contradictoria.³¹

Supuesto propiamente fantasmático. Él inventa *a posteriori* una suerte de estado de naturaleza, de paraíso más o menos laicizado que en realidad jamás existió. No sobre la tierra, en todo caso. La cohesión social no fue nunca un dato natural sino, siempre, teatro de enfrentamientos, luchas, transacciones, y también de manipulaciones y traiciones. A la vez estable e inestable, relación de fuerzas y alianzas, convergencias y divergencias renovadas una y otra vez. Lo cierto es que hoy, en comparación con otras épocas, la cohesión social ha dejado de ser evidente, de caer por

³¹ Lo social está averiado, afirma el tristemente desaparecido Ch. Bachmann, mientras que por mi lado me pregunto si la avería misma es social. Cf. S. Karsz, *Déconstruire le social—séminaire I*, París, L'Harmattan, 1992.

su peso: ha dejado, pues, de parecer lo que nunca fue. He aquí una de las ventajas de la exclusión social.

Comprendemos entonces lo que dicen metáforas como la de lo «social a la deriva». Ellas resultan de los múltiples desajustes entre por un lado el funcionamiento efectivo de las relaciones sociales, de las condiciones y coerciones sociales, y por el otro su funcionamiento presunto. Estas metáforas resultan del hecho de que la existencia social real se corresponde cada vez menos con su esencia imaginaria; de hecho, la sociedad en que vivimos se parece cada vez menos a la sociedad en la que creemos vivir. Algo se encuentra en ella, en efecto, en situación de deriva y hasta de desconcierto: ¿las prácticas sociales, los funcionamientos sociales, las desigualdades y los conflictos sociales, o más bien una de sus representaciones habituales, de dominante idealista?

Podríamos exclamar: «¡Exclusión, sí, pero social!». Este adjetivo cumple, en efecto, un papel tan primordial como estratégico: lejos de enunciar un rasgo entre otros, destaca lo que la exclusión tiene de propio. Más que un atributo circunstancial, es una verdadera marca, un sello, una impronta indeleble. Este adjetivo destaca la diferencia entre la exclusión y las exclusiones. Si tiene la misma función gramatical que «social», «profesional», «político», etcétera, para las formas plurales y finalmente parcelarias de exclusión, no puede, con todo, comparárseles. Este adjetivo denomina, no un campo o un dominio, sino nada menos que el sentido, la clave, la naturaleza de la exclusión y, por tanto, de cada una de sus formas particulares. Designa, no un rasgo coyuntural, sino una dimensión estructural.

No basta decir entonces que, adosado a exclusión, lo social certifica que ésta carece de límites. Así adosados, la exclusión ya no tiene límites y lo social es llevado a su paroxismo. De donde resulta una constatación: el problema de la exclusión es dependiente del problema de lo social. También en este punto, «exclusión» y «social» forman un par. No se puede comprender, no se puede definir lo uno sin lo otro.

Ahora bien, nos topamos aquí con una situación consternante. Del lazo social a la economía social, de los problemas sociales a las ciencias sociales, de los casos sociales al progreso social, de los movimientos sociales al plano social de la empresa, lo social parece prolífico, exuberante, ilimitado. En cambio, su caracterización resulta opaca, tenebrosa, enigmática. Muchos disertan sobre él, muy pocos se explican a su respecto. Numerosos, muy nu-

merosos son los que intervienen en lo social, muy pocos dicen sobre qué realidad presunta ejercen esa intervención. Sobre lo social, sobre el carácter social y no sólo profesional, escolar, político u otro de la llamada exclusión social, la abundante literatura disponible da pruebas masivas de un asombroso mutismo. La discreción parece ser la norma. Los trabajos *sobre lo social* no forman legión. Es raro que lo social, el trabajo social, los problemas sociales, etcétera, constituyan un tema explícito y deliberado: es raro que no se los presuponga. Se multiplican en cambio los estudios acerca de lo social y alrededor de lo social, acerca de sus manifestaciones, sus evoluciones, sus perversiones, etcétera: estudios a menudo instructivos, pero desventuradamente supeditados a la definición de su objeto.

Discreción que es también la de los practicantes. Cuando se trata de definir, operadores en territorio, decididores y políticos recuerdan de pronto que situaciones dramáticas y urgentes reclaman todos sus esfuerzos, verdaderamente todos... No es hora para discursos sino para la acción, declaran. Ya no se trata de hablar, ahora hay que actuar. Tienen razón, por cierto, pero olvidan que para actuar hacen falta discursos, orientaciones, argumentos: entre ellos, la filosofía y otras construcciones conceptuales. Ellos reaccionan como si se pudiera prescindir de la teoría. Algunos se lamentan de no tener tiempo para embarcarse en discusiones que llaman de fondo: ¿desconocen que las discusiones teóricas conciernen muy directamente a la eficacia de las estrategias de intervención y a la pertinencia de los análisis concretos de las situaciones concretas? Después de todo, decía Hegel, el fondo no es más que la superficie al revés. Y es entonces cuando, para redondear una frase o para justificar una acción, son muchos los que sueltan la fórmula mágica «exclusión social», que pronuncian muy rápido, como una inconveniencia, o que al contrario deletrean casi golosamente como una contraseña: «social». Pero todo esto funciona por la evidencia, o sea, por el sobrentendido, que, por su parte, rima con malentendido...

Pregunta: ¿a qué precio el guiño puede hacer las veces de concepto y las fórmulas más o menos seductoras usurpar indefinidamente el lugar del análisis?

El caso es éste: en su uso específicamente contemporáneo, la exclusión inspira una vasta literatura de índole administrativa, profesional y científica, pone en movimiento una amplia gama de competencias, equipamientos y presupuestos considerables. Sin

embargo, toda esta consistencia parece pender de delgados hilos, o sea, del enigma de esa exclusión que, social, es a la vez más y menos que la exclusión escolar, cultural, profesional, etcétera. El enigma de lo social cae sobre la exclusión del mismo nombre, que a su vez se ha vuelto tan evidente como inasible.

He dicho antes que muchos disertan sobre él o intervienen en él sin saber demasiado sobre qué lo hacen: pues bien, ¡no saber con exactitud de qué se habla jamás impidió a nadie hablar y menos todavía actuar, lejos de eso!

Ahí está finalmente lo más curioso. No estamos en presencia de una simple carencia, de un agujero en el razonamiento o de una grieta en la acción. A semejanza de la naturaleza, la ideología tiene horror al vacío: como en el caso del adjetivo ausente pero activo de la exclusión (social), nos confrontamos con un exceso de presencia. Así es: en los textos más eruditos y en las prácticas aparentemente más triviales, en los discursos más aburridos y en las iniciativas más innovadoras, se efectúan análisis, se postulan definiciones —sobre todo implícitas—, se destacan problemáticas, se lanzan debates, los profesionales actúan en dispositivos que producen efectos. Sea cual fuere la posición filosófica movilizada, ignorada incluso por los teóricos y profesionales, sean cuales fueren la formación de los operadores, sus buenas y sus no tan buenas intenciones, sean cuales fueren los límites de los aparatos y dispositivos, en todos los casos la exclusión es efectivamente el blanco. La gente se ocupa de ella, trata sobre ella. No bien se trata de exclusión social, algo real, algo de lo real está en juego.

Asombroso enigma de lo social, de la exclusión, y por fin de la exclusión social. Este enigma no es sin embargo obstáculo para que todo eso marche, funcione, produzca efectos teóricos y prácticos, a la vez subjetivos y objetivos, individuales y colectivos. Esto es lo que debemos ahora identificar y examinar más de cerca.

La exclusión: puesta en cuestión

El análisis de cierta cantidad de discursos y prácticas³² permite identificar cuatro grandes ítems, vigentes cada vez que la ca-

³² Este análisis se apoya en dos grandes fuentes. *Fuentes bibliográficas*: análisis de los trabajos e informes de investigación —de orientación sociológica, económica, psicológica, histórica— referidos a la exclusión; análisis de artícu-

tegoría de exclusión se ve convocada. Conciernen a su carácter polisémico, paradójico, especular y, por último, consensual: otras tantas condiciones que tornan conceptualmente viable esta categoría y dan pie a las acciones correspondientes.

Ellos constituyen las balizas mínimas y a la vez primordiales de la categoría de exclusión, o sea, de la problemática que ésta moviliza. Cada uno de los cuatro ítems se caracteriza por un conjunto de rasgos típicos, relativamente propios. Pero son también complementarios, se respaldan y se complementan unos a otros. Conviene tener esto en cuenta para evitar aislarlos en exceso: si bien funcionan en forma simultánea, los podemos analizar en fila, sucesivamente.

Importa destacar asimismo que el carácter a la vez paradójico, polisémico, especular y por último consensual de la categoría de exclusión, y de las prácticas que la tienen por objeto, no constituye un inconveniente que esos discursos y esas prácticas podrían o hasta deberían soslayar. Muy por el contrario, se trata de condiciones de existencia. Esos discursos y esas prácticas sólo operan, sólo producen efectos, sólo tienen sentido en la medida en que son y siguen siendo paradójicos, ambiguos, especulares, poco o extremadamente indefinidos. Si la exclusión da lugar a estas convergencias, reuniendo copartícipes a los que por otra parte muchas cosas separan, ello se debe a esos cuatro ítems. Gracias a ellos se tejen alianzas, los desacuerdos pasan a segundo plano, contradicciones antagónicas son imaginadas como simples matices, son señalados adversarios comunes.

Una categoría polisémica

Las situaciones que pueden ser clasificadas en esta categoría parecen no tener fin: entre la exclusión del sentimiento amoroso y la exclusión del poder, todo es posible... Es habitual, en efecto,

los, exposiciones orales, escritos profesionales. *Fuentes empíricas*: examen de las orientaciones de las políticas públicas en materia de exclusión, seguido del trabajo realizado por servicios sociales y empresas filantrópicas, análisis de ciclos de investigación-acción conducidos junto a médicos generalistas, psicólogos, trabajadores sociales, participación en numerosos debates, coloquios, formaciones, etcétera.

llamar exclusión a la situación de ciertos adolescentes respecto de los adultos, de las mujeres con relación a los hombres, de los hombres con relación a las mujeres que los contratan, de las empleadas domésticas y otros proveedores de «actividades de proximidad» respecto de los matrimonios que los emplean, etcétera. Y por supuesto, pueden clasificarse allí los jóvenes que no logran entrar en el mercado de trabajo o que han sido desalojados de él, las personas aisladas, las familias monoparentales, los trabajadores privados de empleo, las familias sin recursos, los SDF, las personas que viven de socorros públicos o privados, los analfabetos, los enfermos de sida...

Con esta desbordante enumeración se confirma que la categoría de exclusión posee una fabulosa capacidad para designar situaciones extremadamente diversas, heterogéneas, inconexas. Por consiguiente, queda muy bien fundado el veredicto: se trata de una categoría multifunción, desprovista de rigor y finura conceptual. Volvamos a leer la enumeración precedente: las situaciones mencionadas pueden ser objeto de análisis e intervenciones, y sin duda también de experiencias, sin necesidad de recurrir a la noción de exclusión o sin que ésta cumpla en ello un papel estratégico.³³ Así como no basta ser discapacitado para ser excluido, es decir, para ser situado en la categoría de exclusión y reconocerse en ella, no todas las familias monoparentales, no todas las personas que viven de la ayuda externa, etcétera, pertenecen automáticamente, por el solo hecho de ser monoparentales, por ejemplo, a esta categoría. ¡Si disponer de un trabajo asalariado regular fuera el criterio de inserción, los traficantes de armas y los especuladores de la Bolsa serían excluidos por excelencia! Además, la inserción en empleos subcalificados y poco retribuidos no garantiza en absoluto una salida de la pobreza y, a la larga, de la exclusión. En síntesis, la categoría de exclusión es a la vez demasiado amplia y demasiado estrecha: sus rendimientos cognitivos son mínimos, insignificantes.

³³ Autores que colaboran en volúmenes colectivos referidos a la exclusión mencionan (aunque no todos) esta categoría, la comentan en unas pocas líneas introductorias o en algunos pasajes de sus trabajos, pero prácticamente no la utilizan o incluso no la utilizan en absoluto en el análisis concreto de su objeto de estudio. Cf. las compilaciones dirigidas por D. Ferreol (1994), S. Paugam (1996) y A. Gauthier (1997).

Es a un tiempo general, generalista, inagotable y desmesurada. General, porque toda situación puede ser incluida en ella, todos los individuos y grupos son susceptibles de caer en ella en cualquier momento: la enumeración precedente resulta ser definitivamente corta. Inagotable, imposible de colmar, incluye los usos más diversos y las declinaciones más inesperadas.³⁴ Al parecer, todo el mundo tiene vocación para ocuparse de ella (profesionales, voluntarios, vecinos), lo que testimonia la existencia de nuevas formas de solidaridad, pero sin que los efectos producidos sean siempre defendibles. No parece requerirse ninguna habilidad, tan múltiples son las entradas y tan difuso el objeto. Esto puede encontrarse también entre los profesionales. Por ejemplo, los servicios sociales adscritos al RMI no son siempre especializados —o no son los únicos especializados— en materia de exclusión: ésta es blanco de toda clase de estructuras, formales (tercera edad, guarderías, etcétera) o informales («casas verdes»).* Viceversa, los servicios y oficios adscritos al RMI, o sea, a la prevención y sobre todo a la gestión de la exclusión, intervienen a su vez en ámbitos como la vivienda, la salud o el empleo, que sin embargo son objeto de servicios especializados.

Categoría desmesurada: todo ejemplo de exclusión social, sea más o menos dramático cuando no trágico, nunca es otra cosa que un ejemplo; indispensable para evidenciar su poder, secundario para fijar sus contornos y un tanto irrisorio si se pretende dominarla. La exclusión jamás coincide con los fenómenos que la ponen de manifiesto ni con las acciones dirigidas a eliminarla. Rechazada, reaparece sin cesar. Identificada aquí, estalla más adelante. A menudo los escritos y las prácticas relativos a la exclusión despliegan una versión moderna de la hidra de siete cabezas. De ella derivan todo tipo de operaciones, desde la reactivación de empresas filantrópicas y humanitarias hasta la discriminación eminentemente política entre los pobres buenos y los pobres

³⁴ ¿Padres excluidos engendran hijos excluidos? ¿Retroceden los hijos ante la exclusión que arriesgan infligir a sus padres? Esto es lo que se preguntan (¡con seriedad!) asociaciones que se ocupan de recién nacidos. Cf. *Actualités sociales hebdomadaires*, nº 2.120, 21 de mayo de 1999.

* Las «casas verdes», instituciones creadas hace varias décadas por la psicoanalista Françoise Dolto, y que se multiplicaron luego en Francia, reciben niños muy pequeños, incluso lactantes, muchas veces con sus madres, para fines de acogida diurna y socialización. [N. de la T.]

malos, pasando por la exclusión como estandarte protestatario y progresista. La lucha contra la exclusión se alza contra toda forma de discriminación, pero puede justificar también procedimientos de normalización más o menos vigorosa, alejamientos («por el interés del niño») y expulsiones («por el interés de las familias»).

Esta desmesura hace que la exclusión sea visible por todas partes, bajo formas unas veces reales y masivas, otras virtuales y solapadas. Puede ser interesante sin duda repensar, a la luz de la categoría de exclusión, configuraciones en las que esta categoría está sin embargo manifiestamente ausente. Nuevos esclarecimientos permiten a veces recuperar elementos desconocidos, articulaciones fructíferas. Con el riesgo, no obstante, de inventar una genealogía, o sea, una teleología que, partiendo de antepasados más o menos ilustres, desemboque en autores contemporáneos (auto) elevados con ello al rango de herederos. ¿Cómo encontrar una teoría de la exclusión en clásicos de la sociología como Comte, Mauss, Durkheim, Tönnies..., o una doctrina del lazo social en Hegel y hasta en Marx, sin empezar por descolgarlos en ella, sin otorgar a esta categoría una acepción excesivamente laxa tomándola como una suerte de comodín conceptual (Farrugia, 1993; Xiberras, 1994)?

El asunto parece, pues, concluido: categoría híbrida, excesiva, a la vez demasiado rica y demasiado pobre. En su contribución al presente volumen, M. Sassier refiere las adjetivaciones fantásticas que se endilgan a veces a los así llamados excluidos (éstos se encontrarían en la nada, en el vacío, en el no ser, etcétera). Lejos de ser patrimonio de las personas «corrientes» o de algún profesional de lo social afectado de poesía o de delirio, estas adjetivaciones aparecen en documentos administrativos e incluso en escritos de vocación científica. No por torpeza, no se trata de un accidente sino de una condición, de una estructura. Es propio de la categoría de exclusión requerir cierta *metafísica*, término que debe ser tomado según su etimología: el verdadero sentido de las cosas está más allá de la física, más allá de lo visible. La exclusión existe, pero es inverificable. Si se la puede nombrar, de ningún modo se podría decir qué es. Para que en un discurso signifique algo, para que en las intervenciones sociales sobre el territorio parezca señalar lo real, es preciso que siga siendo general, generalista, inagotable y desmesurada: constante y eminentemente polisémica. Si «exclusión» deja de ser una

categoría excesiva, es harto probable que ya no se trate de exclusión y menos aún de exclusión social.

Y sin embargo, si perseveramos en esta constatación, corremos el riesgo de que se nos escape un dato de primera magnitud. Después de todo, el carácter desmesurado, general, generalista, insaciable de la categoría de exclusión no le impide en absoluto funcionar. ¡Todo lo contrario! La extensión, los usos múltiples pero inconexos, el carácter transversal, las alianzas y convergencias políticas, los consensos de todo orden, las reconversiones profesionales, los coloquios y publicaciones, la capacidad para significar mediante una sola palabra situaciones intrínsecamente diferentes y para unificar bajo la misma insignia lógicas radicalmente heteronómicas, en síntesis, el mosaico de conceptualizaciones y actividades diversas que pretenden referirse a la exclusión, certifican justamente el don de ubicuidad de esta noción. Ella descansa sobre una maleabilidad extrema que constituye su riqueza. Debe su prosperidad teórica y práctica a su carácter flexible, esponjoso, laxo. *Gracias* a esto, y no a pesar o a despecho de esto, la noción de exclusión pasó a ser una evidencia.

Categoría que debe su fuerza a su hoquedad. Es hueca, pero sobre todo no vacía. Tiene el carácter de una *excavación*, de una anafractuosidad. Se tuerce en múltiples sentidos, al capricho del viento, pero no se rompe. Noción oportunista. Tal es una de sus condiciones de existencia.

La ausencia de rigor es sólo aparente: la categoría de exclusión carece de cierto rigor en la medida misma en que vehicula otro. Para que individuos y grupos sean considerados en situación de exclusión, se necesita además que hagan gala de las mil caras de esta construcción polisémica. Se necesita que la exclusión obedezca a causas múltiples, todas significativas, ninguna decisiva. Esto es menos banal y mucho más difícil de lo que parece.

La polisemia da fe de un rigor particular; la indefinición constante marca un estilo. Pensándolo bien, no es nada sencillo quedarse en la aproximación, en la alegoría, en la imprecisión, cuando al mismo tiempo se designa algo que sucede en lo real: la condición de cierto número de personas y grupos. No es fácil cultivar la fuga hacia adelante teórica, sacrificarse al ritual de la urgencia política y práctica. La exclusión es un mito eficiente.

Una categoría paradójica

La toxicomanía y la prostitución suelen ser citadas entre los casos extremos de exclusión, que pueden conducir a ella o que resultan de ella. Sin discutir la pertinencia de esta clasificación, desde la perspectiva analítica que adoptamos quisiéramos mostrar que estos son seguramente casos límite... no de la exclusión en tanto fenómeno real o supuestamente real, sino de la *problemática* de la exclusión, o sea, de cierta lectura de lo real, de cierta construcción significativa de la experiencia individual y colectiva. Tomados en calidad de ejemplo, ellos ilustran la paradoja constitutiva de la exclusión: paradoja que encontramos en todos los usos específicamente contemporáneos de esta noción.

Veamos las prácticas toxicomaniacas. Éstas resultan imposibles si no se despliega una actividad sostenida de búsqueda y obtención de productos psicotrópicos o sucedáneos, lo que moviliza un mínimo de estrategias financieras, cierto conocimiento del mercado, informaciones y experiencia en materia de servicios médico-sociales, policiales, judiciales, penitenciarios. Para que individuos y grupos desarrollen prácticas toxicomaniacas, una condición *si qua non* es su inserción exitosa en diferentes tipos de redes, su integración eficiente en partenariados formales e informales. La dependencia con respecto al producto no excluye en absoluto la gestión de esta dependencia por parte de los sujetos involucrados: «dependencia» y «gestión de la dependencia» constituyen un par dialéctico que diferencia las prácticas toxicomaniacas corrientes del simple consumo ocasional y, por supuesto, de la sobredosis. La toxicomanía implica igualmente cierto saber de sí, el sujeto que vive en términos de paraíso o infierno la hace coincidir con algo íntimo, del orden de una verdad subjetiva. La toxicomanía representa una determinada puesta en escena del goce.³⁵ Estas razones explican que no siempre despierte entusiasmo la idea de salir de ella, ni que sea fácil ayudar a otro a hacerlo. Si no hay, al parecer, toxicómanos felices (Olliveinstein), esto nada dice sobre la felicidad y menos aún sobre la desdicha de los que no son toxicómanos.

¡Lo cual no significa que todo dé igual y que, por consiguiente, no haya que hacer nada! En este momento intento decir que

³⁵ Zafirooulos, M. 1988. *Le Toxicomane n'existe pas*. París, Navarin.

las prácticas toxicomaniacas, al ser justamente prácticas, son por necesidad activas, por fuerza movilizadoras, inevitablemente hacendosas. Ellas ponen en acción redes subjetivas y objetivas, modalidades precisas de inserción, mallas de intercambio de direcciones, de informaciones y hasta de jeringas; intercambio este último que constituye una forma (pero no la única) potencialmente suicida de intercambio social. La toxicomanía es una afirmación identitaria. Es una manera de ser juntos, de estar juntos, de tejer y mantener lazos sociales, de organizar y administrar cierto género de vida social. Las prácticas toxicomaniacas nacen en la sociedad, y en función de lo que sucede o no sucede en ella. Es verdad que sujetos llamados toxicómanos salen muy poco de sus casas y que otros pasan lo mejor de su tiempo en la calle o en curas de desintoxicación, o en la cárcel, etcétera: pero nada de todo esto los coloca en un *imposible margen* de la sociedad.

En cuanto a la prostitución, me limito a recordar que esta supuesta modalidad de exclusión es vehículo para todo tipo de fantasías individuales y colectivas; produce rechazo y al mismo tiempo fascina. La prostitución hace jugar roles identitarios fuertes para los que se dedican a ella, para los que viven de ella, para los que gustarían de darse una vuelta por ella, aun en términos de odio y desprecio hacia sí mismos y/o hacia el otro. «¡Bienvenida al club (del sida)!» Actividad regular o relativamente regular, remunerada en dinero o en intercambio de servicios, la prostitución moviliza por lo menos a dos personas, implica una organización mínima, una red de relaciones y protecciones, a menudo está sujeta a tasas, impuestos, cotizaciones (¡sociales, por supuesto!). La prostitución presenta todos los signos exteriores e interiores de una práctica social perfectamente articulada. En ella, la inserción es de recibo.

Una vez más, estos comentarios no apuntan a hacer de estos casos extremos modelos de socialidad, ideales de vida social. La inmensa mayoría de las situaciones que corresponden a la exclusión no están alcanzadas ni por la toxicomanía ni por la prostitución, ni tampoco por la delincuencia, que es también —en su género— un ejemplo de estrategia adaptativa, es decir, de inserción social. Sin embargo, el carácter extremo de este tipo de situaciones pone de relieve rasgos estructurales que se reconocen en el conjunto de las situaciones llamadas de exclusión. Ellas nos dejan leer la *paradoja constitutiva de la exclusión*.

Esta paradoja toma la forma de una pregunta llamativamente elemental: ¿dónde están entonces los excluidos, dónde se encuentran?

Ante una pregunta semejante es posible una sola respuesta, también elemental, aunque embarazosa: los excluidos están en la sociedad.

Tal es, precisamente, la paradoja. La exclusión atañe a personas que están fuera de una sociedad de la que al mismo tiempo forman necesariamente parte.³⁶ Para ser excluido, hay que estar adentro. Si no se está adentro, no se es excluido: se está en otra parte. Puesto que tales excluidos están en la sociedad, intentan vivir o por lo menos sobrevivir en las condiciones de esa sociedad, intentan movilizar recursos existentes en esa sociedad, tratan de desarrollar estrategias diversas, etcétera. Deben cumplir ciertas condiciones legales, estar ubicados en ciertos casilleros administrativos, corresponder a ciertos perfiles psicossociológicos: la exclusión es un estatuto social que, como cualquier otro, se despliega en una sociedad dada. Como tales excluidos están adentro, en una sociedad concreta, hay políticas públicas que se interesan por ellos, se implementan dispositivos de propósito social o filantrópico, surgen estudios...

Cuando R. Castel intenta fundar un uso encuadrado de la noción de exclusión, hace referencia a los procedimientos del Siglo de Oro español. Ahora bien, estos grupos de excluidos forman siempre parte de la sociedad de la que se dice son expulsados. Estrictamente hablando, están, no fuera de la sociedad, sino fuera de ciertos circuitos, de ciertas prácticas; ya no son de la incumbencia de ciertas instituciones por lo mismo que incumben a ciertas otras. En el seno de cada sociedad, en la perspectiva de la lógica dominante, estos exiliados del interior resultan útiles y necesarios

³⁶ El sociólogo R. K. Merton expone magistral e ingenuamente esta paradoja en unas pocas frases sintéticas: «Estrictamente hablando, estas personas que la emplean [la evasión] están en la sociedad pero no son de la sociedad: sociológicamente, son verdaderos extranjeros». «Sin un fondo de valores comunes a un grupo de individuos, puede haber relaciones sociales, intercambios desordenados entre los hombres, pero no sociedad.» Y asimismo: «Dado que [estas personas] no comparten el conjunto de los valores comunes, no pueden estar comprendidas entre los miembros de la sociedad, en tanto ésta se distingue de la población» (en *Éléments de théorie et de méthode sociologique*, París, Plon, 1965, cap. V, págs. 177-186).

rios (sostén de la alianza entre el catolicismo, la monarquía y la Inquisición, preservación del orden, etcétera).

Los decretos de antimendicidad o el reenvío de inmigrantes indocumentados a sus países de origen ilustran la paradoja constitutiva de la exclusión: ¡expulsar excluidos prueba a las claras que están adentro! Hasta podríamos decir que, al expulsar a los excluidos, se los excluye de la exclusión; aunque es verdad que, como regla general, el servicio que se ocupa de las exclusiones no es el destinado a las expulsiones...

Para que ciertas franjas de población estén, como se dice, «excluidas de la economía», es preciso que ocupen ciertos lugares en esa economía, en el corazón de esa economía: como «demandantes de empleo», «ejército industrial de reserva», «desechados por el progreso», «inadaptados sociales», «inempleables», etcétera. Estas poblaciones ni siquiera están excluidas del consumo, lo que sería como decir que están muertas o en estado de deterioro avanzado; están excluidas de cierto género de consumo, del acceso a una multitud de bienes y servicios. En rigor, habría que invertir el impactante matiz del sociólogo Merton y decir: ciertas poblaciones están excluidas, no de la economía, sino en la economía. Pues es justamente en la economía donde estas poblaciones cumplen y/o se les hace cumplir funciones bien precisas: elemento de freno de las reivindicaciones salariales, sostén de la idea según la cual los que tienen un empleo asalariado —el que fuere— son privilegiados, confirmación del adagio según el cual el trabajo es salud, resignación a condiciones laborales cada vez más penosas, estímulo al reparto del empleo sin tocar para nada la estructura de la propiedad y la distribución del capital... Es posible, desde luego, discutir sobre el contenido concreto de estas funciones, que no son las únicas a cumplir por tales excluidos; se puede entender asimismo que la situación de las sociedades contemporáneas no autoriza otros libretos: esa discusión confirmaría, justamente, que la exclusión es interior a la sociedad considerada y que cumple en ésta roles a la vez precisos y preciosos.

Siempre se tiene un lugar en la sociedad: nadie podría —¡ay!— carecer de él. Los que faltan no son nunca los lugares como tales, sino cierto tipo de lugares: los lugares dominantes, en particular. Para cada sujeto, la cuestión de tener un lugar está siempre resuelta: como muy tarde, desde que nace. Ésta es, dice Sigmund Freud, la pregunta que cada niño (se) hace: «Che vuoi?» (¿Qué quieren ellos de mí?). Nadie tiene que hacerse un lugar en la so-

ciudad, pero muchos intentan hacer algo con el lugar en el que, desde siempre, están capturados de entrada. La noción de «lucha por los lugares» (Gaulejac) se aplica en mi opinión únicamente a los que quieren cambiar de lugar y de ningún modo a personas que no tendrían ninguno: ¡esto supondría que, antes de llegar a esa situación, las personas que se supone carecen de lugar se encontrarían en estado de levitación social! Estarían «fuera de carrera», como se dice, olvidando que, si la carrera supone corredores, incluye también árbitros, apostadores, especuladores y lucradores, espectadores sentados o de pie sobre las gradas, ellos mismos clasificados por categorías de confort y por tanto de precio, guardarropas, césped que mantener cuidado, limpieza a realizar, excremento de caballos a recoger, etcétera. ¡No estar en carrera o haber dejado de estarlo no impide en absoluto formar parte de ella, puesto que los perdedores son esenciales para los ganadores aunque sólo sea en términos de comparación y referencia! Además de esto, creer que los perdedores están «fuera de carrera»³⁷ es concebir ésta sólo desde el punto de vista de los «batalladores», es decir, de los dominantes que juegan a desconocer las divisiones y conflictos de los que dicha carrera es teatro y en los que radican las bases de su dominación. ¿Osaré recordar que las bocas del subterráneo, las listas de espera en la ANPE, el puerta a puerta, las ayudas y socorros de carácter social, la caridad, la solidaridad familiar y de vecinos, los mil y un subterfugios del sistema «D»,* la ociosidad de los desempleados de larga duración, la perplejidad, cuando no el acostumbramiento, de adolescentes cuyos hermanos mayores sólo excepcionalmente han tenido un empleo asalariado y declarado, osaré recordar, digo, que todo esto corresponde a lugares, aun cuando no sean en absoluto lugares «buenos»?

Para ser excluido de la sociedad francesa lo que menos importa es vivir, o más bien sobrevivir, en Francia, no en Bélgica o Ja-

³⁷ Casi siempre, *perdedores* es un eufemismo por *dominados*. Por otra parte, es probable que la metáfora «fuera de carrera» guarde relación con lo que la sociología llama «escala social», «estratificación social», etcétera, cuyos presupuestos y medidas de pata ella reproduce...

* «Sistema D», locución coloquial con que se designa en Francia una forma de resolver problemas (generalmente técnicos, de bricolaje, etcétera) mediante los propios escasos recursos. Precisamente, «D» es la letra inicial de «(se) débrouiller»: apañárselas, arreglárselas por uno mismo. [N. de la T.]

pón. Ahora bien, ¡si uno vive en Francia, la única sociedad de la que puede ser excluido es la Société Générale!*

Hemos partido de una cuestión que calificábamos de elemental: la paradoja constitutiva de la exclusión —los excluidos están adentro— tiene algo de evidente que parecería casi superfluo tratar. En efecto, practicantes y teóricos están perfectamente al tanto de ella. Esa paradoja se despliega en la vasta literatura sobre la exclusión, y es en el seno de esa paradoja donde actúan los dispositivos y donde se desloman los profesionales de lo social. La sucesión de nociones destinadas a calificar la exclusión, a declinar sus causas y/o efectos, a reemplazarla por otras tenidas por más plausibles, son otras tantas tentativas de dar cuenta de esa paradoja, e incluso de intentar superarla. Pero, una y otra vez, se desemboca en la situación calificada de *exterioridad social* de individuos y grupos a cuyo respecto nadie ignora que están por fuerza en el interior de la sociedad. Se machaca con el *no reconocimiento social* padecido por ciertas personas, pero no se puede ignorar que la discriminación y el rechazo de que se las hace objeto constituyen formas específicas de reconocimiento social. Redoblamiento paradójico de una situación paradójica, la literatura y las intervenciones sobre la exclusión chapotean en la paradoja.

Los excluidos están adentro: nos hallamos sin duda ante una evidencia. Pero esta evidencia es, como cualquier otra, engañosa.

La prueba está en lo contrario de la exclusión, es decir, en aquello a lo que supuestamente esta última abre: la inserción y/o la integración. Ahora bien, ¿cómo insertar a personas que siempre lo han estado? ¿Qué debe entenderse exactamente por inserción cuando, en todos los casos representativos, nadie podría carecer de lugar, incluidos los inútiles del mundo, los supernumerarios, los desafiliados? Estos cumplen funciones económicas, políticas e ideológicas precisas, y sirven además al narcisismo un tanto sádico de ciudadanos que se consideran normales, y hasta ontológicamente normales. O, por el contrario, suscitan solidaridad, mejor aún, camaradería. En esto reaparece la paradoja, pues la inserción es ante todo un estado de hecho, una situación siempre ya consumada, una condición siempre ya alcanzada. Los llamados excluidos son ya insertados: en el desempleo, en la enfermedad física y/o mental,

* En castellano, Sociedad General: nombre de uno de los más importantes bancos de Francia. [N. de la T.]

en la pobreza, en el absentismo escolar, en la ausencia de perspectivas, en el trabajo por la supervivencia... Inserción difícil, terrible, dramática, fundamentalmente inaceptable. Pero que certifica con ello mismo la paradoja de la exclusión y en consecuencia dificultades de la inserción, cuando no callejones sin salida de ésta...

¿Habrá que dirigir los esfuerzos teóricos y prácticos no ya hacia la inserción, sino más bien hacia la reinserción y/o la integración? Alternativa interesante: la reinserción tendría la ventaja de presuponer la inserción, se re(inserta) a partir de una inserción ya establecida. La reinserción no apuntaría a dar un lugar a personas que supuestamente carecen de él, sino a facilitar el acceso a lugares considerados mejores que los que cada cual ya ocupa, en términos económicos, culturales, políticos, en términos de necesidad y de deseo subjetivos. Se trataría, pues, de que todos y cada uno de los individuos y grupos tenga un lugar relativamente interesante, vivible, conforme con los avances y las posibilidades de la sociedad implicada, un lugar capaz de favorecer la autonomía, la expansión, la responsabilidad y la responsabilización de cada cual... Esta ambición forma parte del discurso de la reinserción, o sea, del discurso que la reinserción profiere sobre sí misma. Ambición que no es necesariamente utópica y menos aún ridícula. Sin embargo, su puesta en práctica entraña un desbarajuste general de todos los lugares: para que el vasto conjunto de mujeres, hombres y niños concernidos por los dispositivos de inserción o reinserción tenga acceso a situaciones perdurablemente menos penosas, se impone una mutación de las relaciones sociales, se requiere una transformación cualitativa de la sociedad en su conjunto. Pero semejante perspectiva no forma parte en absoluto de los procedimientos de reinserción. No se habla de transformar la sociedad, sino sólo los lugares que ciertos individuos y grupos ocupan en la sociedad existente. «¿Cómo ofrecer un techo a cada cual sin afectar el derecho de propiedad, uno de los más fundamentales que consagra el orden constitucional?» (Lamarque, 1996). Se inserta en lo que existe. Insertar, implantar, incrustar, injertar, encartar: hacerse un (pequeño) lugar sin molestar demasiado al conjunto. Ayudar a individuos y grupos a encontrar lugares relativamente diferentes de los que ya ocupan, pero en el seno de la misma sociedad que los excluye. El marco de los procedimientos de inserción y reinserción es el de la estructura social cuyo funcionamiento conduce, justamente, a situaciones que esos procedimientos pretenden superar.

Esta cuadratura del círculo vuelve improbable —o excesivamente clara— la definición de los indicadores de inserción y/o reinserción y, por tanto, su evaluación. ¿En qué momento hay integración? ¿Qué índices son prueba de una inserción, si no lograda (?), por lo menos en curso? Vivienda permanente, empleo regular, escolaridad normal, situación conyugal y familiar estabilizadas... podrían ser tales índices, aunque no constituyan garantías necesarias y suficientes. Con una doble condición, sin embargo, que de hecho es un doble evitamiento. Por un lado, evitaremos preguntarnos demasiado cuáles son las «oportunidades» (¿es la palabra correcta?) para ciertas poblaciones de alcanzar ese género de vivienda, empleo, situación familiar, etcétera, sin tocar ni las estructuras sociales ni las estructuras psíquicas. Por otro lado, evitaremos analizar de cerca el tipo de vivienda y las condiciones de ocupación, el empleo obtenido y el ingreso que procura, la rectificación de los goces así obtenidos, el modelo de conyugalidad preconizado; en síntesis, evitaremos indagar en el precio objetivo y subjetivo de la normalización. Esta es sin duda la razón por la que, en el caso del RMI, por ejemplo, las administraciones insisten mucho más sobre el número de contratos y contratantes que sobre las modalidades concretas de la inserción supuestamente determinada por ellos. Al hacerlo, más que dar pruebas de indiferencia culpable para con las poblaciones involucradas, o de cinismo frente a los trabajadores sociales encargados de instruir los expedientes RMI, estas administraciones dan fe de la extrema dificultad para nombrar con precisión lo que el término inserción quiere decir; dificultad que debe ser atribuida, al menos en parte, a un serio déficit conceptual.

Para una cantidad significativa de personas, el crecimiento del desempleo y de la precarización de masas vuelve cada vez más aleatorio el trabajo asalariado regular, considerado en general como la salida efectiva y perdurable de la exclusión. Aparte de esto, disponer de un empleo —aunque sea regular— no constituye una protección automática contra la precariedad, ni siquiera contra la pobreza.³⁸ Puesto que el trabajo ya no parece ser el soporte por excelencia de la inserción y/o reinserción de amplias capas sociales, el proyecto mismo de inserción deja de parecer evidente. Su sentido, sus ventajas, su necesidad trastabillan.

³⁸ Cf. el informe «Emploi: la voie américaine», en *Alternatives économiques*, nº 154, diciembre de 1997.

De esto resultan la inevitable inestabilidad de las políticas públicas, la acción a la vez tenaz, sostenida, obcecada, pero con frecuencia hastiada, de los operadores en territorio, los análisis teóricos simultáneamente prolijos y evasivos, locuaces y silenciosos... Unos y otros tropiezan con las resistencias activas o pasivas de poblaciones que, como me decía un director territorial de la acción social, no siempre quieren el bien que se les desea. En buena cantidad de casos se trata de poblaciones que, aunque no necesariamente reticentes a su inserción, cuestionan de todos modos su legitimidad, su necesidad, su precio y hasta su verdad: de poblaciones que anhelarían encontrar a alguien capaz de decir algo inteligente al respecto.³⁹ Con frecuencia, a los excluidos les disgusta ser tomados por... excluidos. Lo que no significa en absoluto que los profesionales de lo social estén siempre equivocados y que los supuestamente excluidos tengan siempre razón: la verdad no sale forzosamente de la boca de los pobres, ni de los dominados. Si los que se supone excluidos no tienen automáticamente razón, en cambio tienen siempre razones: al profesional le toca arriesgarse a oír las, y al teórico atreverse a analizarlas.

Lo que es de temer en ciertos suburbios —comentaba un dirigente político nacional en una conversación— no es tanto el sacudimiento del lazo social provocado por la droga, el robo y otros tráficos, sino, precisamente, el desarrollo de un lazo social fundado en ellos...

Los procedimientos de inserción, de reinserción y/o de integración no son neutros, ni en lo ideológico ni en lo político: condición estructural que de ningún modo los invalida y que no engaña con

³⁹ Presentando una actividad de Emaús, el merodeo pedestre nocturno, *La Lettre* de esta asociación explica: «Todas las noches, los “merodeadores” entran en contacto con unas 70 personas. Este contacto que las más de las veces tiene mucho de domesticación, a imagen del Principito y el zorro de Saint-Exupéry...». Tras esta poética comparación, pero que puede parecer ambigua, leemos: «Vestidos con los colores de Emaús para ser distinguido de los policías y los *dealers* [...] los «merodeadores» [...] se han encontrado con un sistema de vida no anárquico y salvaje como se habría imaginado, sino construido alrededor de leyes, de reglas de convivencia, de reparto de un territorio. Observaron también “pasarelas” entre nuestro mundo y el suyo, encarnadas por los guardianes de estacionamiento, los vigiladores nocturnos, que conocen los movimientos de las personas durante la noche...». En el texto, la palabra «merodeadores» figura entre comillas, ¿para distinguirla tal vez de sus sinónimos? (Emaús, *La Lettre de la quinzaine*, n° 315, 15 de julio de 1999).

falsas apariencias. Se juega en ello su eficacia, su posibilidad de producir algunos efectos. Si sirven para algo, no es a pesar de su imposible neutralidad sino a causa de ella. Estos procedimientos demuestran ser tanto más enmarañados cuanto que las dimensiones políticas e ideológicas resultan escamoteadas o tomadas como un mero contexto exterior. Permiten entonces no comprender con qué tropiezan, qué resistencias se les oponen, qué rechazos y qué alianzas ellos movilizan. No sólo están en juego la formación de los profesionales de lo social ni la calidad o cantidad de los recursos disponibles.

¿Es preciso hablar, sobre todo con relación a los jóvenes, de una inserción dentro de la inserción, o sea, de una sucesión de cursos de formación, de capacitación, de cualificación y precualificación, de preparación para el acceso a la empresa, etcétera, entre cortado todo ello por empleos temporales y actividades ocupacionales de índole social?

Tomemos el ejemplo de los cursos de precualificación. Aun cuando estos cursos preparen para otros, llamados de cuantificación, que a su vez preparan para otros empleos apenas probables, aun cuando provoquen angustia y agresividad, desempeñan ciertos roles, cumplen funciones precisas. Apresuráise a situar estos roles y estas funciones bajo el epígrafe de la «manipulación» equivaldría a saltarse el análisis concreto de sus efectos y a desconocer que, a su manera, los públicos implicados no se dejan engañar. De hecho, este tipo de curso suministra un ejemplo —que yo llamaría químicamente puro— de uno de los rasgos capitales de la inserción en la actualidad. Por lo mismo que estos cursos no conducen directamente a un empleo, la inserción pierde con ellos su aspecto de evidencia, de destinación normal y necesaria. El frente de la escena pasa a ser ocupado por una pregunta fuerte, por una interrogación insistente: ¿por qué las personas deberían insertarse? ¿Por qué es preciso que los operadores los ayuden a insertarse? ¿Vale la pena, y las penas? ¿De qué inserción se trata, en qué, cómo, para qué fines, según qué sentido? Los efectos decepcionantes o en apariencia nulos de muchos cursos en comparación con lo que se supone que son, tornan incómodo el evitamiento de ciertas interrogaciones. Esto contribuye a volverlos más insoportables, a aumentar la insatisfacción de los públicos y los profesionales de lo social.

En cambio, tal evitamiento parecía más cómodo cuando el trabajo cumplía el papel de soporte y garantía de inserción: la cues-

tión del *porqué* podía ser soslayada con más facilidad, y su respuesta podía parecer obvia. («¡Antes, por lo menos, la gente encontraba trabajo!», se exclama.)

Obsérvense no obstante las formulaciones que me esmero en utilizar: el trabajo podía *parecer*, la inserción pierde su *aspecto*, cursos de efectos nulos en comparación con lo que *se supone* que son, etcétera. Formulaciones prudentes, en efecto. Sugieren que incluso cuando el trabajo representaba una garantía de inserción, la cuestión del *porqué* tampoco caía por su peso. El trabajo, o sea, las condiciones y las relaciones de trabajo, el sistema de producción y de distribución de las riquezas producidas, no fueron —ni ayer ni hoy, y sin duda mañana tampoco— evidentes. Pero, en ciertas circunstancias, esta no evidencia se vuelve manifiesta.

Mencionaremos, como contraejemplo, los años 1965-1980. Años de lucha contra «las cadencias infernales», el sistema de tres-ocho,* la disciplina de fábrica y sus efectos sobre la vida privada. Años de discursos sobre la alienación del trabajo; ni bendición divina ni felicidad terrena, el trabajo no aparecía como una ventaja en sí. En esa época, tan cercana, tan lejana, solía evocarse una de las etimologías latinas de trabajo: *tripalium* (suplicio).⁴⁰ Sería sin duda instructivo confrontar estos posicionamientos de hace un tiempo con cierta idealización contemporánea del trabajo.

Procedimientos ilustrados por cursos que no conducen por fuerza a un empleo, o dispositivos como el tratamiento social del desempleo que, siendo social, no apunta a resolverlo sino a moderar sus costos (financieros y simbólicos), presentan lo insostenible de cierto develamiento, el horror de cierta verdad: el rey está desnudo. Explícitamente, manifiestamente, la inserción no cae por su peso.

Una categoría especular

Especular, en espejo: la exclusión comprende destinatarios e igualmente emisores. No se puede tratar de los unos sin tratar de

* Se denomina así en Francia al sistema de ejecución permanente de una función dentro de un proceso productivo, mediante el establecimiento de tres turnos de ocho horas sucediéndose en forma continua. [N. de la T.]

⁴⁰ Será útil (re)leer las páginas consagradas por Freud a este punto en *El malestar en la cultura*.

los otros. Los destinatarios inmediatos son los excluidos, los emisores son las instituciones y los servicios, las políticas públicas, los dispositivos y los profesionales de lo social que, en un carácter u otro, se ocupan de la exclusión. Estos últimos forman asimismo parte de ella, a la que se consagran tanto como ésta a ellos y de la que se ocupan tanto como son ocupados por ella. A ella los ligamos intereses teóricos y prácticos: campo de investigación, puesto laboral, ingresos, estatus social, imagen de sí. Registros conscientes e inconscientes los fijan a la exclusión, ¡lo cual no tiene nada de escandaloso, desde luego! Es deseable sin duda que, tratándose de una materia tan delicada como la exclusión, haya instituciones implicadas y se comprometan profesionales de lo social, aun sin saberlo, mucho más allá de la simple esfera profesional. Esto vale para otras configuraciones: el tema de la escuela, por ejemplo, da lugar a análisis demasiado unilaterales cuando se olvida que los enseñantes y formadores —y no solamente los alumnos y los estudiantes— están directamente implicados, dado que en la escuela se encuentran en juego aspectos esenciales de su vida profesional, de su vida en general.⁴¹

El hecho de que en materia de exclusión, inserción, integración y reinserción, las instituciones y los profesionales de lo social sean sin duda partícipes, activos y dinámicos, sugiere que algún papel cumplen en la complejidad de los problemas teóricos y prácticos planteados por la exclusión, en la caracterización de estos problemas, en su encuadramiento, en su resolución y asimismo en sus atolladeros y bloqueos. A menos que se piense que las dificultades procederían de los llamados excluidos y sólo de ellos...

La exclusión concierne tanto a los individuos y grupos tenidos por excluidos como a los individuos y grupos a los que se supone incluidos. Relación dialéctica constantemente presente: toda intervención explícita —sea teórica o práctica— respecto de la exclusión es una intervención implícita respecto de la sociedad existente.

Sabemos que la exclusión moviliza una vasta red política, institucional y administrativa que encuentra en ella un campo de intervención específico, una razón de ser, una justificación. Ella inspira una vasta literatura en desarrollo exponencial, de carácter científico, administrativo, político, así como escritos profesionales

⁴¹ Karsz, S. 1996. «Pourquoi étudier, en effet?», *Agora*, nº 7.

de todo orden. Dada su naturaleza a la vez polisémica y paradójica, son muy pocos los temas que la exclusión impide abordar, al menos de manera indirecta. Producción singularmente copiosa que moviliza recursos a su vez considerables. Teóricos, investigadores, trabajadores sociales, magistrados, médicos, psicólogos, psicoanalistas, sindicalistas, militantes diversos, docentes, formadores, policías, sociólogos, psicopsicólogos, políticos, responsables administrativos, periodistas... se consagran a un trabajo reflexivo sostenido, a encuestas y consultas, a investigaciones que ocupan buena parte de su tiempo y de sus energías. Se esmeran en establecer procedimientos bien fundados y eficaces que, por eso mismo, reclaman de su parte una dedicación a menudo absorbente. Lo cual da lugar a reacomodamientos psíquicos, personales, familiares, que a su vez generan satisfacciones y frustraciones subjetivas: desde el orgullo consecutivo a una colocación laboral exitosa, hasta la decepción e incluso la amargura ante un fracaso (por ejemplo, la deserción de beneficiarios). La exclusión moviliza el goce de teóricos y profesionales, tal como la toxicomanía, por ejemplo, motiva el de los operadores que se ocupan de ella.

Esta movilización comprende todo tipo de publicaciones (libros, revistas, notas de servicio, consignas, informes), el emprendimiento de colecciones y editoriales, la realización de programas de radio y televisión. Profusión de coloquios, seminarios y congresos, su futuro parece garantizado cuando las situaciones de exclusión se instalan en la perpetuidad.⁴² Se diseñan carreras, perfiles de puestos de intervención, especializaciones. La exclusión es creadora de empleos (de profesionales de lo social, formadores, consultores), y cumple al mismo tiempo un considerable papel de remotivación subjetiva. Fuente de reciclaje profesional, de *engineering* de equipos, de diversificación de oficios, de reconversiones y extensiones institucionales, la exclusión favorece la invención de modalidades inéditas de lazo social, sobre todo en forma de descentralización de servicios, de partenariado, de intercomunalidad. Ella confirma la necesidad de políticas transversales como la política de la ciudad, el desarrollo social urbano, las redes ciudad-hospital...

⁴² Con ocasión de los Encuentros sobre la inserción, en Mulhouse, el subprefecto terminó su disertación oficial de apertura con este anhelo, que tranquilizó mucho a los organizadores y participantes: «¡Larga vida a los Encuentros!».

Así como la locura encuentra en la psiquiatría una de sus condiciones de significación (M. Foucault), la exclusión adquiere sentido por relación con la inclusión, la inserción y/o la integración. Lo uno no va sin lo otro. Anverso-reverso de la misma moneda. Imaginar a una parte de la población en términos de excluidos implica imaginar a otra en términos de incluidos.

Los discursos y acciones relativos a la exclusión encuentran lo anhelado en la inserción: ideal, punto de referencia y modelo, la inserción es lo que hace falta. Es lo que se debe querer. He aquí algo intangible, evidente. La exclusión es la no-inserción, la inserción todavía no cumplida o ya fracasada; la inserción, por su parte, es la sombra proyectada de la exclusión, lo que ésta debería ser e incluso lo que ella es, en hueco, por defecto. Excluidos e incluidos son deudores de la misma problemática.

Y justamente en este momento conviene preguntarse por qué motivo una enorme cantidad de profesionales de lo social se ocupan de la exclusión o de su prevención: rara vez sólo por razones financieras, y en condiciones apenas confortables. ¿Por qué motivo se ponen en juego estructuras y dispositivos de toda índole? ¿Por qué la exclusión interesa a tanta gente, confirmando esto que se trata de una cuestión social, de un problema de la sociedad?

Una de las razones, parcial y segmentaria, pero de ningún modo superflua, atañe a cierta dimensión obscena (fuera de escena) de la exclusión, vinculada al carácter especular de ésta. La exclusión está íntimamente enlazada a la inclusión de los incluidos, puesto que uno de sus roles eminentes es el de confirmar el ideal de quienes se representan como incluidos y se empeñan en hacerlo saber: por ejemplo, ayudando a los así llamados excluidos a compartir cierto modelo de normalidad, de comportamiento individual y colectivo, de expansión y realización de sí. Los incluidos dependen de los excluidos para que estos certifiquen que ellos no lo son: atracción-repulsión que hallamos en muchas otras configuraciones y que explica en parte su éxito. Fuertes intereses ligan a unos y otros, concatenaciones e interdependencias, pactos conscientes e inconscientes. A veces, no es de descartar que ciertos incluidos actualicen una antigua prescripción: «¡Dejad que los excluidos vengan a mí!».

Dimensión constitutiva de la exclusión, su identificación corre no obstante el riesgo de ser entendida como una denuncia, como una invalidación de los teóricos y profesionales. ¡No hay nada de eso, por supuesto! La sinceridad de unos y otros no es-

tá en entredicho, y tampoco los auténticos esfuerzos conceptuales y prácticos que ellos consienten. Por otra parte, en un trabajo como el que intento conducir aquí, el juicio moral sería particularmente inoportuno. Está en juego otra cosa: poner en primer plano esta dimensión equivale a destacar una de las coordenadas de la exclusión, una de sus condiciones de existencia. Si teóricos y profesionales se interesan por ella no es a pesar, sino justamente *a causa* de aquello que los lleva a dedicarle sus esfuerzos, tanto profesional como personalmente. Tener esto en cuenta permite aligerar, a la vez, el acento puesto en la miseria por parte de muchos trabajos sobre la exclusión y lo que la lucha contra ésta tiene de cruzada por la moralización de las masas, es decir, por la redención de los incluidos.

La dialéctica inserción-exclusión concierne al conjunto de la población, al conjunto de las relaciones sociales. La exclusión interesa a tanta más gente cuanto que son muchos los que tienen muchísima necesidad de ella. En este aspecto conviene repasar la noción de «lucha por lugares» (Gaulejac), donde se muestra lo que son la exclusión y sus derivados *desde el punto de vista de los incluidos*; esta noción da curso a cierto imaginario de la exclusión en tanto puesta en valor de la inserción.

Consecuencia interesante: al ocuparse de exclusión, teóricos y practicantes se ocupan *a la vez* de individuos y grupos llamados excluidos y de individuos y grupos supuestamente incluidos. Producir análisis y efectuar actos con relación a los unos implica posicionarse con relación a los otros. Se toma partido sobre lo que es normal y lo que no es normal, sobre el tipo de sociedad en que vivimos, sobre los modelos conyugales y familiares que conviene realizar... Tomas de partido implícitas o explícitas, incluso bajo la forma de la neutralidad benévola, de la objetivación científica, del posicionamiento ético.

Con todo, debe señalarse: la inserción y la reinserción no atañen a cualquier estilo de vida ni a la integración en cualquier red social de intercambios, ni siquiera al hecho de tener un empleo regular, remunerado y declarado. Se movilizan valores relativamente precisos, parangones, modelos de normalidad. La inserción está íntimamente relacionada con ciertas modalidades del ser juntos, con arquetipos y estereotipos, con ciertas maneras de nacer, vivir y morir. Precisamente con relación a unos y otros las situaciones son consideradas de exclusión, e individuos y grupos reciben el nombre de excluidos.

Pero si la exclusión conforta a la inserción, al mismo tiempo la interpela, la pone en cuestión, la desestabiliza. Puesto que ambas constituyen una dialéctica, su relación —lejos de funcionar en circuito cerrado, como un círculo vicioso— es eminentemente dinámica. Dicho en otras palabras, las relaciones entre incluidos y excluidos no se explican por un registro unilateralmente psíquico. Están también sobre el tapete modelos culturales, proyectos de sociedad, relaciones de dominación y subordinación, apuestas económicas, posicionamientos políticos, concepciones ideológicas. La ampliación incesante de las situaciones de exclusión cuestiona severamente —más allá de los simples personajes de incluidos y excluidos— la validez de ciertos modos de vida, la pertinencia de ciertos ideales, lo incuestionable de ciertos principios. «El trabajo es salud» es un principio que parece convencer a un poco menos de personas que antes, incluso entre los supuestos incluidos. Lo cual explica, de rebote, el resurgimiento periódico de un «racismo de clase» y de conductas de destierro —de carácter criminal inclusive— respecto de «esa gente», letanías sobre el presupuesto demasiado alto de las ayudas sociales y su papel disuasivo de la búsqueda de empleo, es decir, la de una modalidad normalizada de utilización y explotación de la fuerza de trabajo. Una razón más donde se revela que la exclusión es asunto de sociedad.

En este movimiento se forjan fórmulas típicas: «barrios sensibles», «públicos en dificultad», e incluso «en gran dificultad», y aun otras... Fórmulas usuales del lenguaje mediático, político, policial, jurídico, institucional, social, pero muy curiosas si se las examina de cerca. Sabemos, en efecto, que las designaciones y clasificaciones presuponen, tanto como inducen, cierto tipo de análisis teórico y de tratamiento práctico: no son ajenas a los puntos ciegos ni a los atolladeros a que dan lugar. Es el caso de las denominaciones precedentes, claramente sobredeterminadas por su dimensión especular: «Barrios sensibles» y «personas en dificultad(es)» expresan las diferencias y oposiciones que atraviesan a las sociedades contemporáneas, el hecho de que no todas las poblaciones conocen la misma suerte, de que no todos los barrios son lo mismo. Está en juego toda clase de problemas difíciles, reales, concretos, de ningún modo inventados con miras a eternizar las instituciones y autojustificar a los operadores. Sin embargo, como lo hacía P. Legendre al sublevarse contra la fórmula —literalmente inverosímil— de «familia monoparental», preguntémonos a qué pueden ser sensibles ciertos barrios: ¿cuál

es la sensibilidad, la excitabilidad, la hiperestesia, cuando no la alergia,⁴³ que sería bueno moderar puesto que no se las puede erradicar? Curiosa sensibilidad, francamente. Sensibilidad negativa, es tributaria de lo enfermizo, de lo mórbido y hasta de lo patológico: a estos barrios se los llama sensibles porque no deberían serlo, o serlo *a minima*. Esta sensibilidad no es una cualidad, como en los poetas, sino un defecto, un inconveniente, una flaqueza como en los enfermos. ¿Se la vinculará tal vez a los «accesos de fiebre» de tales barrios sensibles? Estos parecen serlo tanto más cuanto que se alejan de ciertos modelos de normalidad, siéndoles muy difícil vivir de acuerdo con ciertos cánones y acomodarse a ciertas reglas. Se los llama sensibles porque algo que debería realizarse en ellos, falta, o tarda en cobrar forma... De hecho, sus problemas resultan aún más complejos porque los modelos de normalidad desde los cuales se los percibe son tenidos por necesarios e insuperables. Las poblaciones consideradas en dificultad tienen que asumir sus problemas, que no son menores, pero cargando al mismo tiempo con los problemas —igualmente significativos— de los incluidos y que estos no parecen tener urgencia en abordar. Se juega en eso, además, su estatuto de incluidos. ¡He aquí la razón por la que algunos vacilan en adentrarse en tales barrios, temerosos de su tendencia a desencadenar «veranos calientes»!

De hecho, ¿cómo debe llamarse a los barrios que no son sensibles? ¿Cuál es el opuesto de los públicos en dificultad, y hasta en gran dificultad? ¿Hay que desear veranos más bien templados, e incluso frescos?

Una categoría consensual

A grupos que no comparten los mismos principios ni apuntan necesariamente a metas idénticas, la exclusión —la palabra y la cosa— les recuerda que están en juego cuestiones de fondo que superan los intereses particulares, los puntos de vista partidarios, las metas estrechamente corporativas. Se facilitan así las

⁴³ No hay espacio aquí para inventariar las acepciones, divertidas pero instructivas, que dan el *Larousse*, el *Littré*, el *Robert* para «sensible», «sensibilidad» y términos emparentados...

convergencias de personas y corrientes relativamente alejadas, unas veces indiferentes unas a otras, otras recelosas, cuando no adversarias. El problema de la exclusión genera, tanto como presupone, una recomposición del espectro institucional, teórico, político. Categoría sobre todo y fundamentalmente consensual. Aquí reside una de las razones mayores de su impacto. Y, sobre todo, de su uso específicamente contemporáneo.

Pero ¿qué es un consenso? Es una forma particular del acuerdo, una modalidad entre otras de la afinidad y la convergencia. Reunión, alianza, pacto y por otra parte consenso no son sinónimos intercambiables. Puede haber acuerdos y alianzas que no adoptan la forma singular del consenso. Éste requiere ciertas operaciones que lo apuntalan y le permiten perdurar. El consenso se construye, se negocia, se cultiva. Se requieren al menos dos condiciones, así como un principio federador.

El consenso supone mitigar los desacuerdos, subestimar las divergencias y las discordancias, llevar a un segundo plano los presupuestos y las miras particulares de los diversos componentes. Y supone, de manera simétrica, poner por delante los acuerdos, las afinidades, las convergencias. Es esa forma particular de alianza que consiste en hacer del acuerdo el desenlace obligado, natural, y del desacuerdo un accidente de recorrido, un incidente desventurado pero que se superará necesariamente, que no podría dejar de superarse. El consenso funciona basado en el axioma según el cual si las divergencias son necesarias, las convergencias lo son aún más. La identidad priva sobre la contradicción, la entidad (la sustancia, diría Hegel) prevalece sobre el proceso. Aquí está la segunda condición: ni los acuerdos ni los desacuerdos deben ser objeto de una clarificación excesiva ni de una puesta a punto demasiado precisa. El consenso tiene que ser prontamente establecido y directamente puesto en práctica: se juega en ello su reproducción. El dispositivo del consenso exagera cierta cultura de la no definición, del sobrentendido y por tanto del malentendido: el horror de saber como condición de perduración. Dicho de otra manera, el consenso se resquebraja a medida que sus componentes van aclarando sus posiciones respectivas, a medida que se sabe de qué se habla y sobre qué se interviene. El consenso es una alianza en la cual dominantes y dominados se congratulan ostensiblemente de no serlo. Definamos el consenso como un malentendido compartido: su fuerza le viene tanto de lo que él permite decir y hacer como de lo que él permite callar y escamotear.

De ningún modo abierto a todas las corrientes, menos aún maleable y manejable a voluntad, todo consenso se ordena en torno a un principio federador. Caso límite del «consenso blando»: lejos de ser fácilmente maleable, es aquél cuya blandura garantiza su continuidad.

Tratándose de la categoría de exclusión, el principio federador es: «todos son humanos». Reúne en efecto el conjunto de corrientes, opciones y orientaciones que se ocupan de la exclusión, el principio según el cual esta última concierne al destino injusto impuesto a ciertos individuos y grupos, la condición de carencia en la cual ciertas poblaciones son instaladas y/o se instalan por sí mismas, aun ignorándolo (desfallecimientos subjetivos, educativos, etcétera), con lo que esto supone de malestares, sufrimientos, desventajas, carencias de índole afectiva y/o material. En este sentido se trata de una categoría protestataria, más o menos progresista según las circunstancias y los usos: ella cuestiona e incluso denuncia todo cuanto favorece el desarrollo de las exclusiones (ideologías, movimientos políticos, funcionamientos sociales).

Sin embargo, el análisis de las estructuras sociales, el desarrollo de una crítica social, la consideración de las configuraciones subjetivas no agotan en absoluto el alcance de esta categoría. Estos registros que podríamos llamar materiales, históricos, demuestran ser tan necesarios como básicamente insuficientes. Si bien la categoría de exclusión cuestiona las relaciones sociales existentes, sobre todo no se acantona en ellas. En cuanto cumple un papel pivote en la explicación, el análisis de la sociedad pena por superar la fase de la descripción, la identificación de los mecanismos se proyecta sobre el comentario, las definiciones quedan constantemente sobrentendidas, en estado de evidencia («las exigencias insoslayables de la economía moderna», «los imperativos de la mundialización», «la sociedad salarial», etcétera). Es difícil determinar lógicas de conjunto, estructuras, causalidades identificadas o identificables. Las relaciones entre incluidos y excluidos parecen calcadas sobre el díptico normal/anormal, sin que en apariencia se plantee el problema de saber de dónde brota esa normalidad ni qué política gestiona la inserción que se supone (re)conduce a ella. *Todo se presenta como si no hubiera ningún motor, ningún principio activo, ningún generador.* O, si lo hay, permanece en un lugar infinitamente lejano, a la vez inaccesible e inapresable. «Se habla de excluidos, pero sin el que excluye: no

hay más actores, solamente víctimas» (Alexandre, 1996). El mundo descrito por la categoría de exclusión parece curiosamente quieto, asombrosamente calmo, casi invariable. Aquí y allá, chispas, obstáculos, llamaradas diversas se hacen ver, pero ninguna dinámica, ningún conflicto, y menos aún luchas.

Quedan así instalados los dos personajes centrales de la problemática de la exclusión. Están los *in* y los *out*, los incluidos que están *en* la sociedad y que son *de* la sociedad, y los excluidos que están, desde luego, *en* la sociedad *aunque* sin ser de ella. *In* y *out* lo son en la medida en que comparten los mismos objetivos y se adhieren a los mismos ideales, que unos logran realizar y los otros no, o mal. Ocupan lugares diferentes, radicalmente diferentes incluso, pero en la misma escala de la estratificación social, en una sola y única línea. Sus intereses individuales y colectivos divergen, pero en el seno de deseos y metas convergentes. Sus posiciones económicas, políticas, culturales, familiares, etcétera, no se contradicen, sólo presentan particularidades, disparidades, desigualdades. Se supone que ambos, *in* y *out*, quieren la misma sociedad. Esto es justamente lo que los define: hay *in* y *out* en la medida, y sólo en la medida, en que se supone que quieren la misma sociedad. Si no quieren la misma sociedad, ya no son incluidos y excluidos sino, por ejemplo, clases sociales.

Esto no carece de relación con el hecho de que, cuando la categoría de exclusión pasa a cumplir un rol de pivote, es difícil que el análisis de las relaciones sociales supere el estadio de la descripción: la crítica social resulta más bien endeble, alegórica, y elemental el examen de las configuraciones subjetivas. Por supuesto, estos rasgos epistemológicos no son exclusivos de la categoría de exclusión: esta última parece evidente porque comparte cierto número de juegos metafóricos hoy habituales.

La categoría de exclusión sirve para constatar situaciones cuyas causas probables y cuyos remedios eventuales se supone que están siempre en otra parte. Se halla en busca de una causa primera, causa absoluta susceptible de explicarlo todo. Numerosos trabajadores sociales insisten en la necesidad de un «verdadero trabajo terapéutico con los excluidos que padecen trastornos patológicos», en la necesidad «de trabajo, de un verdadero trabajo para los jóvenes» o «de dinero suficiente para las familias»; numerosos profesionales de la salud (médicos, psicólogos, psicoanalistas) esperan que los trabajadores sociales «se hagan realmente cargo de estas poblaciones»; decididores administrativos y políti-

cos indagan en la «*pertinencia real*» de las acciones emprendidas; y unos y otros esperan «una *verdadera política social*» o afirman que ésa es la que ellos emprenden, y así sucesivamente.

¿A qué responde este juego de remisiones ininterrumpidas, atiborrado de calificativos («verdaderamente», «real», etcétera), que surge de manera constante donde deberían encontrarse los conceptos? La categoría de exclusión concierne a algo más que a las condiciones históricas, sean políticas, económicas o psíquicas. A otra cosa fundamental, en el sentido primero de este vocablo: se trata de los fundamentos y no, o no únicamente, de historia. A saber: los excluidos son mujeres, hombres, niños, familias, grupos que son colocados o que se colocan ellos mismos en situaciones personales y sociales intolerables. La exclusión concierne a seres humanos impedidos, subjetivamente (disfunción psíquica) y/o objetivamente (disfunción económica, política, cultural, familiar) de volverse por entero humanos. Se llama excluidos a los humanos que no son todavía o que ya no son lo que deberían ser. Se llama excluidos a los que no tienen, o ya no tienen, lo que deberían tener. Para ser excluido hace falta ser más y menos que asalariado sin empleo, más y menos que niño abusado, más y menos que desempleado, despojado de derechos incluso, más y menos que familia sobreendeudada, más y menos que alienado mental, etcétera.

Condición necesaria de la exclusión, la historia social se duplica en una esencia humana que esta historia supuestamente realiza. La exclusión resulta del desfase más o menos pronunciado entre lo que se entiende que son los humanos por principio, en su esencia, por su naturaleza humana, y por otra parte lo que son de hecho, en la historia social y política concreta, en su historia subjetiva y familiar, en lo que podríamos llamar la historia histórica, e incluso en la historia real. Para que haya exclusión, es preciso que un modelo de humanidad implícito o explícito, pero en todos los casos activo, intervenga. Se llama excluidos a los humanos impedidos de participar en la humana condición: son individuos yermos (Boulte, 1995). «Indican más bien una falta, una falla del tejido social. Esta característica hace actualmente de los desempleados un grupo puramente virtual, sin representantes» (Rosanvallon, 1995).

La exclusión es un *juicio moral* pronunciado sobre la historia individual y colectiva. Se comprende entonces que el análisis de las relaciones sociales y la comprensión de las configuraciones subjetivas muestren ser necesarios pero a la vez insuficientes. Lo

importante está en otra parte: se trata de identificar el modo en que la historia concreta permite o perturba el cumplimiento de ese juicio moral, hasta qué punto la historia es en su realidad lo que debe ser en su esencia.

Llegados a este punto, es forzoso preguntarse qué deberían ser los humanos, qué se supone que son.

Cuestión que no tiene nada de gratuita, ella pone sobre el tapete las condiciones del consenso de la exclusión y sus límites. ¿Según qué óptica deberían los hombres disponer de ciertos bienes (vivienda, empleo, derechos) de los que carecen? ¿Todos los hombres o sólo algunos? ¿Por qué algunos tienen mucho, otros menos, y otros nada? ¿Qué tipos de vivienda, de derechos, de empleo están en juego?

La condición humana de tales excluidos es la evidencia misma: esta afirmación recibe un asentimiento bastante general.⁴⁴ Ahora bien, aquí está precisamente el error: las evidencias no son nunca evidentes, dicen a la vez demasiado y no lo suficiente.

En la problemática de la exclusión, «humano» no es un sustantivo, un nombre común, sino un atributo calificativo. No es un término descriptivo, y menos aún un concepto que nos ofrezca el conocimiento de un objeto real. Se trata de una consigna, de un imperativo moral. Es el significante ético por excelencia. Designación de un ideal, lo más idealizado posible. Forma parte del consenso de la exclusión justamente porque no recibe una definición excesivamente precisa. Pero el hecho de que sea a la vez sobrentendido y evidente garantiza su perduración. «Humano» es una esencia: nombra lo que los sujetos socio-deseantes (las mujeres, los hombres) reales y concretos tendrían en común, más acá y más allá de sus diferencias sexuales, culturales, políticas, económicas; siendo unos y otros humanos, es normal que sus posicionamientos e intereses diverjan (en la historia social concreta, en sus lógicas subjetivas), aunque deban forzosamente converger e incluso fusionarse en otra parte (en su humanidad compartida).

La problemática de la exclusión moviliza convergencias y alianzas hechas posibles por la requisitoria contra los crímenes

⁴⁴ Bastante general, pero no universal: las corrientes de derecha utilizan con prudencia la categoría de exclusión, y la extrema derecha prácticamente no apela a ella. El ultraliberalismo, es decir, el liberalismo sin frases, ve en la exclusión un avatar inevitable («efecto perverso») de las economías modernas: prefiere, antes que la exclusión, la inempleabilidad (Manière, 1998).

de lesa humanidad, por la denuncia de los estigmas e injusticias infligidos a ciertas poblaciones rebajadas en su estatuto humano, por la exigencia, finalmente, de que reparaciones subjetivas y reacondicionamientos sociales permitan a los excluidos (re)encontrar un lugar en la sociedad de la que, sabemos, ya forman parte necesariamente.

El humanismo constituye el operador de la problemática de la exclusión. Ésta se inscribe en un vasto movimiento de carácter ético y político que, vistos los acontecimientos efectivamente terribles y trágicos que salpicaron el siglo XX, intenta decir lo que la palabra «humano» podría, debería significar. Lo humano así concebido presenta dos facetas. Por un lado, se muestra incontestable, bello, exaltante: ¿qué mejor cosa se podría desear a los niños, a las mujeres, a los hombres que en todas partes del mundo, incluso en el propio centro de las sociedades más avanzadas, viven o sobreviven en condiciones de espanto? Pero, por otro lado, lo humano resulta perfectamente vacío, no explica demasiado la historia individual y colectiva. Uno dice «humano» cuando no puede, o no quiere, o no tiene demasiado interés en decir lo que es cuestión de analizar, lo que es cuestión de transformar o de defender. Lo humano no garantiza que, por la noche, todos los gatos sean pardos.

En esto se consuma la dimensión consensual de la categoría de exclusión, o sea, uno de los ítems indispensables para su funcionamiento.

La exclusión: puesta en estructura

Las palabras que preceden, así como las contribuciones de este volumen en su conjunto, parecen imponer una conclusión neta y clara. ¿No habría que abandonar esta categoría ligera, cuando no inconsistente, o por lo menos codificar de manera precisa sus condiciones de uso, sin perjuicio de reemplazarla por otras nociones mejor construidas? Superación sin duda necesaria, pero de ningún modo urgente. La verificación de falta de rigor teórico y de fiabilidad práctica en la categoría de exclusión social resulta harto insuficiente. No podemos contentarnos con ella. Debemos comprender por qué y de qué modo una construcción de esta índole se pone a funcionar en forma tan masiva.

Necesitamos identificar la *problemática general* de la cual esta categoría es un síntoma, un representante entre otros: la pro-

blemática, es decir, un universo de discurso, una determinada manera típica a la vez de pensar y de intervenir, de plantear problemas y de intentar elaborarlos.

Si no se hace esto, parece casi inútil tratar de reemplazar la exclusión por otros significantes (desocialización, descalificación, desinserción, desafiliación, desligazón, eyección, desherencia, segregación...). Estas derivas de lenguaje dejan entrever, sin duda, cierta displicencia frente a los atolladeros suscitados por la exclusión, pero ello no impide que una hipoteca redhibitoria pese sobre estos avances eventuales. Sin identificación y sin puesta a distancia de la problemática de la exclusión, semejante reemplazo consiste de hecho en producir sinónimos, o sea, equivalentes, dobles, sustitutos, prestanombres: fuga para adelante en el seno de una problemática compartida. Nada permite pensar que estas otras categorías estarán exentas de presupuestos y miras análogos, cuando no idénticos, a los que sus autores critican en la categoría de exclusión.

Esta última sobrevive si nos limitamos a darle equivalentes, exactamente como la problemática religiosa se perpetúa cuando Dios es reemplazado por el Hombre, pasándose entonces de la teología al humanismo, o sea, de la excomunió divina a la exclusión social.

El dilema es éste: ¿decir mejor aquello que la categoría de exclusión diría mal, de manera inadecuada y torpe, o bien decir otra cosa, identificar otras realidades, significar de otro modo lo real, tratar de saber qué cosa permite ver y qué cosa escamotea la categoría de exclusión? ¿Reacomodamiento o superación?

Dos presupuestos centrales de la categoría de exclusión

Dos presupuestos centrales, constitutivos, son necesarios para la construcción y funcionamiento de la categoría de exclusión. Seguramente no son los únicos. Pero yo aventuro la hipótesis de que, sin esos dos presupuestos, la exclusión comienza a tambalearse seriamente...

Ellos son requeridos a fin de que la situación objetiva y/o subjetiva de ciertas poblaciones se torne significativa desde el punto de vista de la exclusión. Sin esos dos presupuestos, hay pobres, locos, toxicómanos, desempleados, capas sociales explotadas o sobreexplotadas, gente sin techo, sin acceso a la atención médica,

personas que todavía no son o que ya no son productivas desde el punto de vista del capital, trabajadores inempleables, extranjeros en situación irregular, etcétera, pero todavía no hay, o ya no hay, excluidos.

Sin esos dos presupuestos estructurales, no hay exclusión. Pero, con ellos, la exclusión puede ser reemplazada por sinónimos, prestanombres que no modifican ni su sentido ni su lógica.

La categoría de exclusión requiere la lógica de la ideología y la movilización de una ideología específica

Algunos ejemplos muestran un primer registro de esta lógica: médicos generalistas y psiquiatras deben enfrentarse al «sufrimiento social», mientras que psicólogos y psicoanalistas se preocupan por los efectos de «la segregación». Quedan con ello en primer plano dimensiones que las representaciones habituales de sus prácticas respectivas tienen tendencia a dejar de lado. Pasa al frente de la escena la relación entre las condiciones de vida (desempleo, sufrimiento en el trabajo) (Desjours, 1998) y el estado de la salud física y/o mental. Se hace visible el nexo entre las configuraciones culturales y el lugar otorgado o rehusado al cuidado de la salud, los efectos no sanitarios de las cuestiones relativas a ésta. La referencia a la categoría de exclusión contribuye a separar las prácticas sanitarias de las concepciones organicistas y positivistas que en general prevalecen. Este valor concedido a la inscripción en la civilidad, esta exigencia de no desatender en exceso las «cuestiones sociales», se hace sentir asimismo en el campo de las prácticas psicológicas y psicoanalíticas. Como en el caso de los médicos y psiquiatras, la atención prestada a las diferentes formas de segregación induce efectos relativamente des-psicologizantes o, por el contrario, exacerba la psicologización de la exclusión social por parte de los profesionales (De Rivoyre, 1999). En el trabajo social, por último, el recurso a la categoría de exclusión desestabiliza cierta terminología psicológica y/o psicoanalítica como marco de referencia de la relación dual entre operadores sociales y públicos. Queda así más reconocido el lugar activo de la política y de lo político.⁴⁵ Renace el interés por el derecho, y el conjunto de las ciencias sociales se hace objeto de una mayor demanda.

⁴⁵ S. Karsz, *Pourquoi le travail social: définition, figures, clinique* (París, Dunod, 2004).

La lógica de la ideología aparece en un segundo registro. Se trata del axioma fundador de la problemática de la exclusión: el carácter irrebutable de las sociedades existentes. Se imagina a estas últimas como perfeccionables, mejorables, pueden e incluso deben experimentar mutaciones que permitan aliviar la suerte de los excluidos, pero siguen siendo intrínsecamente, estructuralmente irrebables. El despliegue de la categoría de exclusión supone sociedades que se calcula tienen futuro pero no, hablando con propiedad, porvenir: no hay ya porvenir. Para que esta categoría presente pretensiones explicativas, es indispensable *pensar* —no demasiado, en realidad...—, es indispensable sobre todo *creer* —mucho, de preferencia— que la sociedad actual no tiene más horizonte que su eterna repetición. Se necesita la creencia según la cual no vivimos seguramente en el mejor de los mundos (puesto que hay exclusión, exclusiones...), pero sí en el único mundo posible, en el único que se pueda concebir razonablemente. La inestabilidad de las experiencias alternativas y sobre todo la caída de los regímenes (auto)proclamados socialistas y comunistas, dejan al capitalismo sin nada enfrente, sin término de comparación, sin oposición fundamental. El capitalismo deja de ser un régimen entre otros para convertirse en sinónimo intercambiable de «sociedad moderna», de «sociedad posmoderna» e incluso de «sociedad» a secas. Sucede con frecuencia que en «sociedad», el adjetivo «capitalista» permanezca sobrentendido, como un pleonasma, como una evidencia insoslayable. La nieve es blanca, la sociedad es capitalista. Así es como hablan del capitalismo los autores que recurren a la categoría de exclusión. De eso no hablan, es eso lo que les hace hablar.

Se instalan entonces trivialidades mil veces machacadas: «fin de la historia», «quiebra de los valores y puntos de referencia», «dominio de lo económico», «impotencia de lo político», «mundialización de la economía», «modernidad», etcétera.

El capitalismo ha vivido: consecuencias mayores derivan de esta creencia con la que se alimenta la problemática de la exclusión. Como se indicó más arriba, entre incluidos y excluidos no puede haber conflicto radical ni contradicción primordial: justamente porque se entiende que unos y otros viven en la única sociedad razonablemente concebible. Los *in* y los *out* quieren la misma sociedad por la simple razón de que no podría existir ninguna otra. Cuestión de realismo, y en absoluto de conformismo. Se trata, pues, o bien de conservar el lugar que cada uno ocupa

en la sociedad existente, y de ser posible consolidarlo, so pena de caer en la exclusión y hasta en el vacío social; o bien, si uno está ya en situación de exclusión, tratar de reintegrar dicha sociedad a fin de participar de nuevo en el lazo social.

Juego social, vacío social, lazo social, reconocimiento social, estar en la sociedad sin ser de la sociedad; estas metáforas tienen un sentido, obedecen a presupuestos y miras particularmente claros: representan cierto modelo de sociedad.

Por eso, si se aspira a comprender la lógica de los procedimientos de inserción y reinserción, no se los puede tomar al pie de la letra. En efecto, no se trata de conducir a los públicos hacia el «mundo del trabajo», como si hasta aquí esos públicos se hallaran en estado de levitación y no realizaran ningún trabajo físico, mental o afectivo para tratar de mantenerse vivos, como si buscar trabajo no implicara un enorme trabajo. Se trata de orientar a los públicos hacia la esfera de las relaciones salariales y, por tanto, de las coerciones y ventajas puestas así en ejercicio. Condición, sin duda, de la eficiencia relativa, pero real, de los métodos de inserción y reinserción. Estos métodos hacen oír normas y valores sociales connotados, ideales, representaciones, modelos históricamente cargados. No operan sin cierto trabajo de inculcación, de seducción, de manipulación, de conversión, trabajo que es preciso vincular a las estrategias conscientes e inconscientes, a las reticencias y a las resistencias, a la ausencia de cooperación de que dan prueba las personas y grupos tenidos por beneficiarios de la inserción. No siempre éstos se dejan engañar por el programa que se les propone.

La neutralidad ideológica y política es imposible: sólo la buena conciencia humanista puede asustarse con eso, tentada entonces de arrojar en su opuesto simétrico, la conciencia hastiada y más o menos cínica de los practicantes que «no creen más». Por desgracia, estos creyentes que colgaron los hábitos son tan inquietantes como los que imaginan la intervención social por encima de las aguas turbias de lo político. Unos ya no creen, los otros siguen creyendo: ninguno parece convencido de que, mejor que creer, habría que tratar de pensar.

El tercer registro de la lógica de la ideología ilumina la apuesta central de la problemática de la exclusión, una de las garantías de su marcada difusión.

Según esta problemática, el carácter definitivo de la sociedad existente, reformable en su funcionamiento pero intrínsecamen-

te irrebalsable en su estructura, se ha impuesto de manera progresiva al hilo de los fracasos en las alternativas políticas y económicas socialistas y comunistas, de la disolución de las utopías revolucionarias. Una suerte de evolución natural condujo a la supremacía del capitalismo, sobre todo en su versión liberal y ultraliberal (A. Minc). Supremacía eminentemente técnica, tecnológica, organizativa: ella no tiene nada de ideológico, de doctrinario.⁴⁶ Es política en la medida en que la política —«moderna» sobre todo— apunta a optimizar los recursos humanos y materiales, a realizar la mejor gestión posible de los asuntos de la ciudad: supremacía política, pero no partidaria. Política apolítica, en cierto modo.

Sale entonces a relucir lo que se ha convenido en llamar «la nueva cuestión social» (Donzelot, 1991; Rosanvallon, 1995), o sea, el conflicto central de las sociedades modernas. Recordemos primeramente que la antigua cuestión social, específica del capitalismo de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del XX, concernía a las modalidades de adhesión ideológica y de participación política de las clases populares, en especial la obrera, en sociedades capitalistas que, como resultaba cada vez más claro, no eran las de ellas. Enfrentamiento empleadores-empleados, patronos-obreros, dominantes-dominados: la oposición entre el capital y el trabajo fundaba el conflicto central de estas sociedades capitalistas en términos de clases sociales y hasta de luchas de clases. Las posiciones e intereses de unos y otros eran opuestas, y también lo eran sus proyectos individuales y colectivos. Éste ya no es fundamentalmente el caso en las sociedades modernas, donde la exclusión está expresando una cuestión social bien reciente:

Esta dificultad [de la nueva cuestión social] se debe a que la relación entre los polos de la sociedad ya no adopta las formas de un cara a cara sino, podríamos decir, de un lado a lado. Ya no hay explotación. Ya no hay dominación. Hay un desenganche de la parte «modernizada» de la sociedad efectuado sin utilización de la parte «inadaptada» y sin coerción sobre ella. Esta indiferencia es incluso lo que suscita

⁴⁶ El presidente de una poderosa confederación patronal francesa insta al Gobierno «a poner a las pequeñas y medianas empresas al abrigo de toda ideología. [...] ¡Nuestra confederación —avisa— continuará poniendo en primer plano los principios del liberalismo moderado!» (*Le Monde*, julio de 1995).

la violencia [en especial la de los suburbios] (J. DONZELOT, 1991, pág. 9).

Pasaje ejemplar, resume manifestaciones que encontramos de modo explícito o implícito en una vasta literatura científica, política, mediática. Se revelan así dos declinaciones de la cuestión social, cada una de las cuales comprende personajes exclusivos: de un lado, la antigua cuestión social basada en el cara a cara de las clases sociales antagónicas —y por ello implicadas en una lucha de clases—, del otro la nueva cuestión social basada en el lado a lado de los incluidos y los excluidos, de los *in* y de los *out*. Las clases sociales, allí donde todavía existen, ya no constituyen un principio ordenador. Las sociedades contemporáneas están atravesadas por fuertes disparidades de las que algunas resultan incluso más agudas, más insolubles que en el pasado, especialmente en el plano económico, en términos de empleo y de consumo. Pero estas disparidades no se explican, y menos aún se resuelven, mediante el concepto de clases sociales. Ellas resultan del apartamiento de individuos y grupos que se han vuelto inempleables, insuficientemente calificados («desechados por el progreso»). Dichas disparidades constituyen el precio nocivo, aunque inevitable, de la mundialización, acontecimiento insoportable que es preciso mitigar cuanto sea posible esperando el retorno a «la sociedad salarial», o a un *remake* de ésta. En todos los casos, ninguna conciencia de clase resiste a la precarización de masas y a un sentimiento de inseguridad cada vez más general. Ninguna muralla sindical o política parece lo bastante sólida para atenuar el individualismo hoy triunfante. Al dejar de ser esenciales, las divergencias y oposiciones entre las clases sociales ya no permiten definir a las sociedades modernas. En éstas, la nueva partición incluidos-excluidos instala de un lado a capas acomodadas y capas populares, y del otro lado a los llamados excluidos, o sea, a individuos, familias y grupos fuera de clase(s), cuando no fuera de lo social.

La categoría de exclusión trae consigo una visión de conjunto de las sociedades contemporáneas, una concepción del mundo globalizado que no da cabida ni a la explotación ni a la dominación, y con toda probabilidad tampoco, o no del todo, a la coerción. Se trata de indicar la línea divisoria hoy fundamental: la fractura social, como se dice. Ella permite explicar la situación de ciertas poblaciones sin pasar demasiado y, de todas formas, sin adhe-

rirse en modo alguno a los conceptos de clases sociales y menos aún de luchas de clases.

Esta categoría se construye en atención a los conceptos de clases sociales y de lucha de clases. Ella los presume, los sobrentiende, los presupone, en ellos encuentra sus fuentes, de ellos se alimenta. No cesa de hablar de ellos. O de evitar hacerlo, que viene a ser lo mismo. No hay aquí una cuestión de elección, de opción, de decisión doctrinaria o hasta de actitud de tal o cual autor. Se trata de una *figura impuesta* que la experiencia histórica y el debate teórico han vuelto a la vez insoslayable. La categoría de exclusión es impensable e intratable sin movilizar, ni siquiera en hueco, en sordina, esos conceptos de los que se desmarca sin cesar, a los que regresa para separarse de ellos en un movimiento infinito.

Reducida a su más simple expresión, esto daría: sociedad capitalista (del pasado) = lucha de clases = proyecto revolucionario para unos, proyecto conservador para otros; sociedad capitalista (contemporánea) = exclusión para algunos = inserción para todo el mundo, con contrato de inserción para los desfallecidos.

La categoría de exclusión contribuye al establecimiento de una concepción alternativa frente a la problemática marxista. Participa de cierta lectura de esta problemática, lectura hoy corriente que a su vez contribuye a la aceptación acrítica de la categoría de exclusión. El punto de partida está claro: como cualquier otra doctrina, la problemática marxista supone argumentaciones desigualmente desarrolladas, impensadas, e inspira al mismo tiempo un vasto conjunto de consternantes lugares comunes, de graves errores teóricos y políticos, sobre todo bajo la forma de una vulgata economicista. Esta lectura consiste entonces en identificar la problemática marxista con su catecismo económico e incluso economicista. La interpretación estaliniana es tomada por la versión príncipes de la problemática marxista; la lucha de clases es presentada como una postura voluntarista, cuando no estrepitosa y guerrera; las clases sociales, mostradas como bloques de una sola pieza, sin grietas ni fisuras, se suponen soldadas por intereses monolíticos, perfectamente estancos frente a otros grupos, capas y clases. Confusión involuntaria y/o deliberada entre las clases sociales y la dimensión económica de aquéllas. Desconocimiento fingido y/o real del hecho de que la lucha opone componentes efectivamente adversos y a la vez provoca divisiones en el interior de cada uno de ellos: no hay lucha sin alianzas, ni pactos, ni compromisos, ni acomodos. Las clases sociales no son mónadas

sin puertas ni ventanas, sino configuraciones estables/inestables, atravesadas por tendencias divergentes, recompuestas por orientaciones desconectadas. No son cosas más o menos estáticas, definidas de una vez para siempre, sino procesos dinámicos, dialécticos, contradictorios.

Los trabajos que se ocupan de la exclusión se sirven de la vulgata marxista a título de valedor, lo que con total buena conciencia los autoriza a intentar superar una visión efectivamente mecanicista y dogmática de las relaciones sociales. ¿Pero reduciremos la problemática liberal a los solos escritos de un Guy Sorman o a las recetas de los *Chicago boys*?

Ahora bien, esos trabajos no dejan de presentar algunos inconvenientes teóricos. La cita de antes lo demuestra. Al poner «modernizada» e «inadaptada» entre comillas, J. Donzelot parece sugerir que no se debe tomar estas nociones en su sentido inmediato, tal como funcionan en cierto discurso ambiente, en la *doxa* (P. Bourdieu). ¿Debió tal vez hacer lo mismo con el significante «parte»? En efecto, la parte «modernizada» y la parte «inadaptada» no lo son en sí, por definición, sino con relación a ciertos esquemas, a ciertas concepciones de la sociedad. No obstante, todo se presenta como si estas concepciones no pudieran (¿no debieran?) ser nombradas como tales, ni los criterios de modernidad y de adaptación superar una imprecisión más o menos artística. Unas veces se indica, otras se sobrentiende, en todos los casos se presupone indefectiblemente, que los excluidos son rechazados de los circuitos de producción y consumo *normales*, lo cual determina excepciones a la regla *común* y diferencias respecto de los modelos *ordinarios*. Esta normalidad, ni fechada ni localizada y que no es objeto de ninguna clarificación de fondo, es proclive a funcionar como sinónimo de *natural*.

Ahora bien, naturalizar la exclusión implica echar abajo la posibilidad misma de la problemática puesta en acto, basada en el carácter social, histórico, relativo de la exclusión, y por tanto en su solución posible. ¡Si la exclusión es natural, tratar de oponerse a ella parece perfectamente inútil, ridículo como mínimo! Para evitar este escollo, algunos autores escriben «normal» entre comillas, como si este signo lingüístico pudiera dispensar de toda argumentación. Sin embargo, un guiño jamás ha sido un concepto. Ni un análisis ha sido nunca una evidencia. Las nociones puestas entre comillas deben ser tomadas en un segundo grado, el cual sugiere a su vez un tercero y así sucesivamente: fuga ha-

cia delante conceptual, indefinición que define, es decir, que asegura la perpetuación de la categoría de exclusión. Esta última lleva muy lejos el arte de hablar sin decir nada.

Confirmación, por si aún hacía falta, de que ni la exclusión ni la inserción, en tanto categorías y en tanto prácticas, pueden ser ideológica y políticamente neutras. Para ilustrarlo, examinemos un conocido ejemplo. A fin de aportar algún paliativo a la situación de los excluidos e incluso para acondicionar el funcionamiento de las sociedades contemporáneas, teóricos y asimismo corrientes sindicales y políticas evocan el reparto del trabajo, con o sin rebaja de salarios. Reparto del trabajo, pero de ningún modo reparto del capital: el primero pasa por una reivindicación social más o menos desinteresada, humanitaria, mientras que el segundo constituye una reivindicación política, partidaria y orientada.

Distinción inconsistente, desde luego: el reparto del trabajo es una reivindicación tan ideológica y tan política como el reparto del capital. Ni el uno ni el otro caen por su peso. Ninguno es neutro. Pero esto no es óbice para que el reparto del capital constituya una reivindicación *explícitamente* no neutra, mientras que el reparto del trabajo es una reivindicación cuya no neutralidad se mantiene *implícita*. En otros términos, el reparto del capital es una reivindicación llamada política porque cuestiona los fundamentos mismos del régimen capitalista, cosa que no sucede con el reparto del trabajo en la medida en que apunta a reacomodar ese régimen. Se trata, pues, de una reivindicación a la que llaman social: ella moviliza un posicionamiento activo, efectivo, preciso, pero en lo esencial no dicho. Hacer algo social es una de las maneras de hacer política sin parecerlo (o casi).⁴⁷

La lógica de la ideología se despliega todavía en un registro suplementario. Se trata de una referencia ejemplar, habitual en la inmensa mayoría de los discursos contemporáneos, en los dominios más diversos y en las ocasiones más inesperadas: la muerte de las ideologías. Evidencia admitida en las ciencias sociales, tópico recurrente de los discursos políticos, hoy se admite ampliamente que ya no hay ideología. Ciertos indicios unívocos corroborarían esta desaparición: desarrollo tecnológico de las sociedades modernas que vuelven obsoletas las utopías de dichosos futuros, desdi-

⁴⁷ Esto es lo que escandaliza a A. Griotteray quien, en un editorial del *Figaro Magazine*, propone reemplazar «el diálogo social» por «el diálogo cívico».

bujamiento de las clases sociales en tanto fenómeno central de estas sociedades, dogmatismo doctrinal y crímenes de todo tipo cometidos bajo el pretexto de la liberación, etcétera. No hay más ideología, pues, salvo sin duda en aquellos que no piensan así.

La categoría de exclusión se inscribe en este leitmotiv que postula el fin de las ideologías. Que *postula*, que hace saber, pero que, estrictamente hablando, no demuestra nada: motivo recurrente, proclamar el fin de las ideologías no favorece desarrollos argumentados, rigurosos, precisos. Se trata de un acto de fe tan inadmisibles como las barbaries cometidas en nombre de tal o cual ideología particular.

Pero aquí reside justamente una de las razones de la difusión y del carácter de evidencia con que aparece investida la categoría de exclusión. Ya hemos señalado que ella concierne a las condiciones de vida materiales y psíquicas de cierto número de seres humanos: estas condiciones impiden a estos humanos realizar la humanidad de que son portadores. Si la exclusión revela ser insoportable, es desde un punto de vista eminentemente moral, e insoportable tanto para los excluidos como para aquellos incluidos que no se han vuelto demasiado egoístas. Quien la padece es la humanidad. Lo que en última instancia la exclusión torna dificultoso es la realización de lo humano, de la común humanidad. Humanidad que es la de todos y cada uno de los hombres, ella supera toda distinción de raza, religión, sexo, edad, profesión, situación, etcétera. Ella se sitúa por encima de cualquier visión particular y de cualquier interés partidario; en síntesis, más allá de toda ideología. Lo humano existe en sí: eterno, siempre el mismo a través de las épocas, las sociedades, los grupos y las clases, pero que se manifiesta cada vez bajo formas, colores, entonaciones particulares. Se trata, en efecto, de una esencia. Ciertas ideologías se empeñan en invalidar esta esencia, en combatir lo humano, en obstaculizar su realización: son cabalmente ideologías. Otras, en cambio, se preocupan por esta esencia humana, quieren salvaguardarla, hacerla visible y disponible para todos: éstas ya no son ideologías, sino concepciones éticas.

Lo humano, *no man's land* ideológico. Se realiza en lo social, ese espacio donde lo humano adquiere o pierde la forma material de la ciudadanía, del acceso a los derechos, de la vivienda, del empleo, de la cultura, etcétera. Al ser lo social objeto de una idealización extrema, la metafísica revela ser indispensable para que el término exclusión tenga algún sentido.

La categoría de exclusión requiere la lógica del inconsciente y la puesta en acto de ciertas configuraciones específicas

Hemos señalado que las ocurrencias de situaciones de exclusión muestran ser muy variadas, abigarradas incluso, y aparentemente inagotables. Las caracteriza una suerte de bulimia epistemológica: al seguir caminos más o menos sinuosos, toda situación individual o colectiva termina siendo clasificable en la exclusión. Buscando un poco, cada cual puede reconocerse como excluido de alguien o de algo. La exclusión no deja a nadie indiferente.

Esto se escucha en la fórmula «la exclusión me interpela por algún lado». Fórmula ritual, trivial, aunque interesante. La exclusión remite a cada cual a una experiencia subjetiva, y resuena con fuerza más o menos grande en la medida en que a lo largo de su vida ha sufrido separaciones, evicciones y hasta eyecciones respecto de alguien o de algo. Pérdidas, fracturas, rupturas son otras tantas experiencias inevitables, obligadas, vividas en grados diversos y según modalidades siempre singulares. Poco importa que estas experiencias correspondan a situaciones reales (como una muerte) o a imaginarias (del tipo «escena primitiva»): en todos los casos la exclusión se articula con una movilización fantasmática. Se relaciona con experiencias de displacer, de inquietante extrañeza, de angustia y hasta de sentimiento oceánico o de despojo radical, de pérdida de referentes (Freud): experiencias que no se explican por la mera pérdida del empleo, por la mera ausencia de vivienda, por la mera imposibilidad de acceder a la atención médica o a los derechos sociales. Las situaciones concretas y materiales llamadas de exclusión actualizan sentimientos arcaicos, hacen patentes, agudas e incluso más dolorosas ciertas construcciones inconscientes. Sesgo, me parece, por el que se puede comprender esa sobrecarga emocional que rodea al problema de la exclusión, el pánico si no el terror más o menos difuso que puede inspirar. ¿La exclusión, peste de los tiempos modernos?

Displacer, seguramente, pero también placer y a veces goce: si a título de exclusión cada cual puede recelar castigos y sanciones, rechazos, evicciones, etcétera, puede asimismo infligirlos a otro, y a sí mismo, real y/o imaginariamente. Puede infligirlos en forma personal o por lo menos abstenerse de intervenir cuando se los inflige a otro. Al mismo tiempo que está, o mejor dicho se siente, más o menos amenazado de exclusión, cada cual ame-

naza constantemente a otro con ella. ¿Juegos de la silla entre excluido y excluidor?

Extraña familiaridad de la exclusión, decíamos al comienzo de este trabajo. Esta familiaridad contribuye al funcionamiento de la categoría en todas las direcciones. Ella explica, en parte desde luego, el hecho de que cada cual tenga cosas para decir al respecto, que cada cual pueda sentirse potencialmente amenazado de exclusión, que muchos individuos y grupos se imaginen como excluidos virtuales o susceptibles de excluir a otro, mientras que otros se muestran impecablemente insertados. Se recuerda así que las razones económicas, políticas e ideológicas no son las únicas que alimentan la problemática de la exclusión. Están también en juego vivencias subjetivas, un sentimiento más o menos intenso de vacío, de insignificancia, cuando no de inconsistencia, en todo caso de pérdida de reconocimiento, de ociosidad física y mental, de debilitamiento del tejido relacional. Los excluidos se viven en términos de «inútiles para el mundo».

Sin embargo, conviene examinar las cosas de cerca.

Esta vivencia de inexistencia, de inutilidad, corresponde probablemente a lo que siente una cantidad de personas, aunque sea imposible precisar su representatividad. Pero esa vivencia es objeto de una curiosa manipulación. En efecto, la problemática de la exclusión plantea que los llamados excluidos son personas que, en principio, si no por principio, no andan bien, padecen un fuerte sentimiento de inutilidad individual y colectiva, se confrontan con un doloroso malestar, sufren el hallarse al margen del juego social, se encuentran desconectadas de todo lazo social, etcétera. Los excluidos dispondrían casi del monopolio del sufrimiento. Tendrían la exclusividad de la inadaptación a la modernidad. Ostentarían el privilegio del desajuste entre las exigencias sociales y las posibilidades individuales. Y esto, incluso sin que estén forzosamente enterados de su condición. De ahí que, añaden algunos, haya que ocuparse de ellos, eventualmente contra la voluntad de los beneficiarios. Nuevo refrido de un adagio bien conocido: porque te quiero, te inserto.

Dicho esto, si los individuos y grupos calificados de excluidos pueden estar efectivamente en situación de sufrimiento, es inconcebible que sean los únicos que lo están. Así como pueden vivir desfases más o menos pronunciados y contradicciones más o menos angustiantes —pero no forzosamente todos y no

todo el tiempo—, así también es impensable que sean los únicos. Ellos no tienen el monopolio de los trastornos de la personalidad.

Sin duda, nadie afirma que esto es así. Lo cual no impide, de hecho, que los significantes del sufrimiento, del malestar, de la inadaptación, de la mala integración en la colectividad social, de los déficit y discapacidades diversos y variados, formen parte estructuralmente de las descripciones relativas a los excluidos. Significantes casi siempre negativos, más o menos moralizadores, miserabilistas y/o estigmatizantes. La piedad democrática viene aquí de perillas, como explica Hélène Thomas.⁴⁸ En cambio, ningún sentimiento de inutilidad social parece afligir a los especuladores de valores en Bolsa. Tampoco en esos términos se describe a los gestores de «burbujas financieras».

Lo ilustran muy bien dos citas que están una en las antípodas de la otra:

[...] actitudes comunes a las personas colocadas en situación de exclusión:

– cierta forma de indolencia, de resignación, las conduce (el fenómeno es bien conocido en los suburbios) a prestar atención a los programas televisivos, a menos que el aparato no esté encendido todo el tiempo, como suele ocurrir;

– cierta necesidad de comunicación y la búsqueda de protección las empujan a reunirse en pequeñas bandas (adolescentes o sin domicilio fijo que ocupan puentes, hangares, espacios al abrigo de la intemperie) [...] (G. LAMARQUE, 1996, pág. 51).

⁴⁸ Incluso en los trabajos sociológicos, que se supone no sucumben a ello. H. Thomas indica: «Para precavernos de toda desviación respecto de la neutralidad axiológica en el tratamiento científico y retórico de un objeto que apela al panfleto indignado, a la deploración emocionada o a la melancolía contenida, hemos adoptado voluntariamente un tono frío y desapasionado, apoyado en la presentación detallada y crítica de las tesis en juego» (Thomas, 1997, pág. 3). Esta precaución, que podríamos considerar superflua, muestra ser indispensable en materia de exclusión. No tiene nada de obvia. De ahí que H. Thomas tenga razón al agregar: «Sin embargo, pocos autores [de trabajos científicos] logran abstraerse por completo de una forma de discurso afligido o indignado, compasivo y hasta compasional». (Como mi procesador de textos no reconoce «compasional», propone en su lugar «compulsional» [S. Karsz].)

¡Asombrosas palabras! Las referidas a la indolencia —patrimonio de los suburbios, al parecer—⁴⁹ se inspiran sin duda en los relatos de viajeros y otros civilizadores cuando describen a las tribus indígenas. El autor sugiere que prestar demasiada atención a los programas televisivos no es bueno, cosa que se le puede conceder, aunque existen numerosas excepciones. La necesidad de comunicación en pequeñas bandas —no se aclara con qué número de participantes— remite más bien a un tratado de psicología animal. En cambio, la búsqueda de protección hubiese merecido que el autor nombrara explícitamente a los atacantes... Dicho esto, ¿hasta qué punto este tipo de manifestaciones está por entero ausente de los trabajos sobre la exclusión y de las intervenciones que la toman por blanco?

Como contrapunto, veamos una segunda cita:

Los excluidos tienen seguramente algo que no anda. La fuerza de este prejuicio y su capacidad atractiva para llevarlos al campo de lo patológico y al dominio de la psiquiatría no es una simple ocurrencia. Rápidamente, en cuanto comenzó el interés por ellos, se advirtió que sufrían y que podían necesitar atención médica. Pero muy a menudo su malestar fue percibido más como la causa de su exclusión que como su consecuencia. Esto resultó bien claro al instalarse el dispositivo RMI. De entrada se produjo un peligroso deslizamiento del derecho a la salud hacia una suerte de deber de salud propio de los excluidos (J. MAISONDIEU, 1997, pág. 56).

Patogénesis e individualización de problemas sociales, derecho a los cuidados convertido en imperativo de salud: las nupcias del psicologismo y el liberalismo social se celebran en esta modalidad de toma a cargo de los excluidos.

Se añade a esto una última referencia, representativa de una corriente de opinión que en la actualidad alcanza cierta amplitud. Sin que se trate de un análisis de conjunto, podemos leer

⁴⁹ Vocablo genérico, «suburbio» designa a todo conglomerado periférico respecto de una gran ciudad; en la problemática de la exclusión, pero también en otras, concierne sólo a cierto tipo de conglomerados. Moraleja: si todos los suburbios son periféricos, algunos son más periféricos que otros, ¡incluso hay suburbios que no lo son! En realidad, los avatares del significante «suburbio» actualizan el tópico sobre «las clases peligrosas (y deprivadas)» del siglo XIX (Messu, 1991).

aquí un saludable cuestionamiento de algunas evidencias comunes. Bajo el título «Para terminar con el imperialismo de los valores del trabajo», U. Beck (1998) escribe: «¿Convertir el empleo, cualquier empleo, en una condición de la felicidad? En Berlín, una asociación de *Desempleados felices* denuncia esta hipocresía» (cf. también Schehr, 1999).

El sufrimiento no es para nada exclusividad de los individuos y grupos llamados excluidos. No define su situación, de la que no es ni la causa obligada ni la consecuencia fatal. La situación de estos individuos y grupos no implica automáticamente sufrimiento, aunque sólo sea porque la inserción, *sobre todo cuando es exitosa*, no trae exclusivamente placer. Diferentes formas de disciplinarización física y mental se manifiestan en ella: en varias oportunidades las pusimos en relación con las resistencias, desistimientos y rehusamientos que los llamados excluidos pueden oponer; dimensiones atribuidas por lo general a sus *propias* dificultades de inserción.

Este cuasi monopolio del sufrimiento es una dimensión constitutiva de la problemática sobre cuya base y en cuyo marco los individuos y grupos son identificados como excluidos. Se trata de una constante que atraviesa la vasta literatura sobre la exclusión, incluso cuando esta última es reemplazada por otras categorías. Si hay personas que sufren, no es en absoluto porque el sufrimiento constituya uno de los registros de todo sujeto humano, sino porque son excluidos y los excluidos penan, languidecen, padecen, sufren. Única, fundamentalmente, con perseverancia y tenacidad. Ningún placer les concierne, ningún goce los fija a su suerte. No hay estrategia, no hay zigzagueos, no hay segundas intenciones. Caen enteros en la desdicha. Son excluidos los que no podrían sacar provecho de su situación, los que no deberían sacar provecho de ella: se juegan en esto intereses de los incluidos, para el caso asuntos profesionales y personales de las *partes modernizadas* de la sociedad.

En este cuasi monopolio del sufrimiento concedido a tales excluidos, están en juego sufrimientos y goces reprimidos de los supuestamente incluidos. Sale aquí a relucir algo del orden de la negación, del escamoteo. Parte actuante en los asuntos de exclusión, los incluidos son igualmente parte activa en ella. Después de todo, sería difícil entender que teóricos y profesionales de la exclusión se consagren a ella única y exclusivamente por el interés del prójimo. Hasta sería inquietante que no obtuvieran nin-

guna satisfacción narcisista, que no elaboraran algo de su propia condición, que no sacaran provecho —en lo personal, subjetivamente— de la exclusión. Por lo menos, de la ajena.

Pero la categoría de exclusión moviliza la lógica del inconsciente aun en un sentido más. Se trata del sentimiento de lejanía, de distancia con que se reviste al excluido, su carácter de extranjero respecto de los otros y de sí mismo. Figura emblemática, en verdad. Todo se presenta como si el excluido viniera a recordar hasta qué punto el sujeto, todo sujeto, no es jamás dueño absoluto de sus pensamientos, de sus afectos, de su deseo. Ni tampoco de su destino. Afectos, deseo, destino no son lo que el sujeto quisiera que fuesen. En este sentido, todos los humanos son excluidos: del ideal de dominio. Es verdad que el inconsciente no es un pozo insondable sino una lógica, y a su respecto puede producirse cierto saber: de carácter conceptual en la teoría y en la clínica psicoanalíticas, de carácter subjetivo en ocasión de una cura. Saber indefinidamente perfectible pero definitivamente incapaz de consumir su objeto, es decir, de reducir el deseo a la demanda y a la necesidad. O si se prefiere, saber incapaz de explicarlo todo, impropio para disipar toda sombra. El sujeto deja siempre que desear.⁵⁰ Se mantiene siempre cierta distancia de sí a sí, una no coincidencia del sujeto consigo mismo. «Yo es otro», escribe Rimbaud, retomado aquí por Lacan. Pero ese otro es también el sujeto, forma también parte del sujeto, es él aunque no sea lo mismo (por eso aparece como extranjero, como *otro*, justamente).

La categoría de exclusión recuerda esa distancia inexpugnable de sí a sí y de sí a los otros, tanto en los que se llama excluidos como en los supuestos incluidos. Ella despierta la esperanza, la ilusión incluso, vieja como la especie humana, de que esa distancia es solamente coyuntural y provisoria y que, por tanto, será posible superarla. Llegará un día en que cada cual estará entero, formado de una sola pieza, en que cada cual dirá lo que dice y no otra

⁵⁰ «Todo esto sería en nuestros días puro blabla culturalista si no tocara al sustrato religioso y mitológico del montaje del hombre y de la sociedad, incluyendo, pues, a Occidente; dicho de otra manera, si no tocara a la ilusión posmoderna del individuo transparente y liberado. Ilusión, digo, pues a despecho de nuestras contorsiones libertarias y de las protestas de buena fe científica, se renuevan de modo indefinido el deseo de pertenecerse y la voluntad de saber, pero siempre asociados, como a su sombra, a la voluntad de ignorar.» (Legendre, P. 1999. *Sur la question dogmatique en Occident*. París, Fayard.)

cosa, en que cada cual deseará lo que debe desear y no otra cosa, no a otro, no a otra. Un día, el inconsciente será definitivamente domesticado...

¿Es esta la razón por la que, según se dice, los criterios de inserción son verdaderamente difíciles de establecer? ¿La razón, además, del hecho de que la inserción esperada de los excluidos sea a menudo más grande, más radical, más completa que aquella que los incluidos se autorizan para sí mismos y para sus allegados?

Habría que preguntarse entonces de qué modo los procedimientos teóricos y prácticos relativos a la exclusión comportan tentativas de racionalización de la alienación subjetiva, de qué modo se consagran a llenar lo que no puede ser llenado (Lacan). Terminar con la exclusión revela ser aun más arduo, exorbitante y hasta faraónico, aun más fascinante y fascinatorio por cuanto grande es el desconocimiento de las dimensiones subjetivas y objetivas en juego.

Estatuto de la noción de exclusión: sobre la realidad irreal de los excluidos

Se dice que los excluidos son inempleables. Ahora bien, esto se aplica perfectamente a un número indudable de hijos de familia, de patronos de la industria y del comercio, de profesionales en toda clase de ámbitos, de dirigentes de entidades con carácter social, sin olvidar a los personajes políticos y otros decididores. Comparación descabellada: no se habla para nada de esto en los tratados eruditos, en las notas de servicio, en la literatura gris,* en la vida cotidiana. ¡Con razón! La inempleabilidad depende no de la economía sino de la economía política, y las competencias y calificaciones corresponden simultáneamente a diversos registros. Es razonable afirmar, pues, que los llamados excluidos no son los únicos que pueden ser, eventualmente, inempleables, poco rentables, poco confiables.

Pero un rasgo subrayado por la mayoría de los autores los caracterizaría de manera irrefutable. Atomizados, individualistas

* *Littérature grise* en francés, *grey literature* en inglés, la llamada «literatura gris» comprende los documentos producidos en todos los niveles por los gobiernos, las academias, el mercado y la industria, y que circulan al margen del circuito editorial. Se trata, así, de una literatura «no publicada». [N. de la T.]

a ultranza (¿incluso en pequeñas bandas?), encerrados en sí mismos, los excluidos no constituyen un grupo, carecen de intereses comunes y, por tanto, de capacidad para presentar reivindicaciones compartidas. No son ni representados ni representables por instancias colectivas (sindicato, partido, coordinación, etcétera). Profesionales y voluntarios, militantes sindicales y políticos lamentan esto hondamente, tratan de movilizar a los excluidos, hacerles tomar conciencia de su condición, de sus derechos. Uno de sus síntomas capitales, a la vez individual y colectivo, parece ser éste: la pasividad, la inercia, el conformismo...

Pero una vez más este retrato-robot se aplica a toda clase de individuos (por ejemplo, a buena parte de los incluidos durante sus temporadas de vacaciones o cuando van de compras al supermercado, sobre todo los sábados). En particular, la pasividad atribuida a los excluidos de hoy es la imagen inversa de la dinámica reivindicativa, contestataria y hasta revolucionaria, lo opuesto de las fuertes solidaridades atribuidas a las clases populares de antaño. Pasividad y atomización de unos, dinamismo y efecto de masas de otros. Inercia *versus* energía. Distribución excesivamente simétrica de rasgos que merecería definiciones rigurosas, precisiones conceptuales y empíricas: éstas son inhallables si se permanece en el marco de la problemática de la exclusión. ¿Tal vez porque la pasividad ontológica de unos es función del dinamismo natural concedido a los otros, y viceversa?

«El dinamismo» no es la esencia de las capas populares, ni siquiera de la clase obrera de hace 20 o 50 años, sino sólo una de sus tendencias, históricamente constituida y laboriosamente desarrollada. Salvo en la literatura de propaganda y en los filmes edificantes, incluso en «la bella época» de las luchas sociales y de los proyectos más o menos revolucionarios, la movilización de masas fue tanto una realidad como una virtualidad, y la «conciencia de clase» un montaje particularmente inestable.

Ese juego de espejos impide comprender no la pasividad sino las pasividades, a la vez relativas y plurales, de las personas y grupos llamados excluidos: unas veces expresión de resistencia, pasiva incluso, otras marca de desinterés para con el mundo que se les propone, otras aun testimonio de lo que el mundo ha hecho de ellos, y hasta búsqueda de nuevos valores, de nuevos referentes. Pero darse cuenta de esto implica, como mínimo, abandonar la hipótesis metafísica de una pasividad congénita. Hay que pasar de la pasividad a las pasividades, y por tanto a las estrategias,

ardides y maniobras que éstas comportan. Arriesgarse a entender de qué modo los inútiles para el mundo testimonian la inutilidad de este mundo.

Para entrar en la categoría de excluidos, es decir, para poder colocarse y ser colocado en una casilla caracterizada por *la* pasividad y/o por *el* conformismo, los individuos y grupos deben lograr no ser integrados en una red de solidaridad familiar, amistosa, de barrio, de grupo. Deben ser capaces de no recibir ayudas públicas o privadas. Es preciso que logren no poner a punto maniobras más o menos eficientes para comer, dormir, protegerse, procurarse algunas satisfacciones sexuales. Deben hallarse en la imposibilidad de administrar sus magros recursos y de sobrevivir en condiciones a menudo atroces. Y además es preciso que consigan esquivar a los *skinheads*, a los vigilantes de supermercados y aparcamientos, a veces a trabajadores sociales y otras almas caritativas. Actividad acaparadora, la exclusión exige considerables esfuerzos físicos y mentales: en ella la pasividad no es oportuna, a riesgo de la pura y simple desaparición.

Los acontecimientos ocurridos en Francia en diciembre de 1945 constituyen un buen contraejemplo: manifestaciones de desempleados y asalariados, avance de reivindicaciones fuertes, movilizaciones y escisiones intelectuales, sindicales, políticas, cuestionamientos de las relaciones sociales existentes. Ahora bien, pese a que una parte significativa de los manifestantes formaban parte de los excluidos, no se los designó como tales. Se trató más bien de un «movimiento social», de una «movilización de desempleados», etcétera. *Exit* la pasividad, la indolencia, etcétera.

La problemática de la exclusión moviliza una condición teórica *sine qua non*: las ciencias sociales y humanas. Y esto por una doble razón. En primer término, la exclusión se cuenta entre los temas que esas disciplinas tratan o pueden tratar, así como se ocupan de la familia, las prácticas culturales o el racismo. Esta materia las convoca naturalmente, como por su lado al psicoanálisis cuando se trata del inconsciente, de los lapsus, de los sueños, o a la química o la biología para sus dominios respectivos. Las ciencias sociales comentan la exclusión, la describen, la diagnostican. La hacen ver, la miden, conciben estadísticas a su respecto. Dentro de su marco, teóricos y profesionales discuten sus alardes, cuando no sus soluciones... Sin embargo, como toda disciplina, las ciencias sociales mantienen con sus objetos de estu-

lo real de los individuos, de los grupos, de las sociedades: alude, por no poder producir conocimiento a su respecto. Si se puede *constatar* que hay excluidos, en cambio es imposible *saber* lo que ellos tienen, lo que son, y es profundamente incómodo *conocer* algo de los mecanismos que explican su situación.

No deduzcamos sin embargo que la categoría de exclusión no quiere decir nada. ¡Muy lejos de eso! Alegórica y alusiva en cuanto a lo que sucede en lo real, es, por el contrario, preciosa y precisa a la hora de decir lo que se entiende que allí sucede, lo que algunos *creen* que debería o podría suceder allí. Ella dice lo que individuos y grupos se presume que son, lo que se supone les ocurre, aquello de lo que están separados y que se considera quieren alcanzar. La exclusión trata de los excluidos, es decir, de mujeres y hombres más o menos alejados de aquello de lo que no deberían estar alejados, y sólo en la medida en que lo están. Estas mujeres y estos hombres son tomados en cuenta sólo atravesando este peaje. Lo que importa en los excluidos es la exclusión que encarnan, el hecho de que se encuentran «en un espacio social paradójicamente situado fuera de lo social» (Roy, 1995); lo cual, en efecto, es en verdad paradójico...

Realidad irreal de los excluidos: su existencia implica *crear* en la exclusión, prestarle fe, estar convencido de ella en alma y conciencia, sin perjuicio de sostener esta creencia con el soporte de las ciencias sociales y humanas. Creencia laica, la creencia en la exclusión necesita ser argumentada, sustentada, comentada, justificada. Son necesarios series estadísticas, hipótesis y estudios empíricos. Sin embargo, no es posible fundarla, no es cuestión de pensar esa creencia sino más bien de instituir la, de plantearla: la exclusión es lo que se ve en la calle, la exclusión es aquello de lo que tratan los coloquios, las revistas, los discursos. La exclusión cae por su peso: este estatuto de creencia hace posible vastas alianzas teóricas, sindicales, políticas.

La de los llamados excluidos es una condición sobredeterminada. Ellos tienen que abrirse un camino en las relaciones sociales existentes y en los modelos de sociedad hoy hegemónicos. Como todo el mundo, tienen que pelear con sus configuraciones psíquicas personales. Y, por añadidura, tienen que arreglárselas con la maraña de representaciones ideológicas e inconscientes bajo la que son captados y bajo la cual se les ruega vivamente que se capten ellos mismos. Tampoco desde este punto de vista, la condición de excluido es verdaderamente simple.

Definirla para ponerle fin

El término exclusión actualiza una problemática general, una manera específica de plantear cuestiones y de intentar elaborarlas en función de ciertos presupuestos y de ciertos propósitos. Constituye una de sus múltiples declinaciones posibles, hoy la más ostensible. Pero no basta hablar de desocialización, desafiliación, desligadura, segregación, descalificación, etcétera, para que esa problemática general cese de operar. La desocialización, por ejemplo, describe la situación de individuos y grupos imaginados al margen de la sociedad, desprovistos de valores y normas, carentes de lugares y estatutos: situación literalmente inconcebible. ¿Consiste la intervención social en inyectar normas y valores en personas que no los tendrían, o en trabajar sobre la distancia que separa a las normas y valores que las personas poseen de las que supuestamente tienen? ¡Ejemplo que contrasta con el de los beneficiarios de sobornos y otras comisiones más o menos ocultas que, situados al margen de las normas comunes, no se encuentran ciertamente en situación de desocialización! Como los excluidos, no es desocializado el que quiere... En verdad, puede entenderse por desocialización la ruptura con normas llamadas comunes y con valores reputados normales, lo cual vuelve indispensable explicar unas y otras: por qué y cómo ciertas normas específicas y no otras devienen comunes, de qué está hecha la normalidad, cómo se mantiene... La categoría de desocialización hace imposible elaborar estas cuestiones, así y todo cruciales. Eminentemente descriptiva, comporta una carga moralista no disimulada: se rehúsa a llamar valores a los que no son normales, es decir, normalizados, y a llamar normas a las que no son comunes, es decir, hegemónicas. Y puesto que es preciso ponerle un nombre a ese vacío social que sin embargo no es hueco, se forjan nociones como la de «personas en dificultad», que se escriben incluso en plural «en dificultades»; laborioso eufemismo que designa, tanto como hace opacar, las situaciones de desestabilización de las normas hegemónicas, el cuestionamiento de los puntos de referencia dominantes, el esbozo de valores alternativos. También en este punto, los desocializados-en-sociedad coinciden con los excluidos-que-están-adentro.

Entre desocialización, desinserción, desligadura, desafiliación..., confieso preferir esta última, ampliamente adoptada, por otra parte, en diferentes campos. De un modo más preciso que

otras categorías, la desafiación da testimonio de la problemática que tiene a la exclusión por portavoz perfectamente reemplazable. En ese sentido reinterpreto yo las palabras de J.-N. Chopart sobre este hallazgo de R. Castel: la etimología del término desafiación «evoca irresistiblemente las dependencias a esa comunidad primaria que es la familia», esta «elección terminológica sugiere, más que demuestra, la importancia relativa de los vínculos primarios en estos procesos [de desafiación]» (Chopart, 1995). Se descifra aquí el estatuto de esta categoría: no se trata de un concepto, es decir, de una construcción que produciría el conocimiento de algo dado de lo real, sino únicamente de una metáfora evocativa, alusiva, sugestiva, de ningún modo demostrativa. La desafiación *nos interpela de una manera u otra*. Su funcionamiento está garantizado por su capacidad de resonancia, por las asociaciones de ideas que induce, por las analogías que estimula. Esta categoría describe el conjunto de las relaciones sociales a partir de una representación medianamente idealizada de la familia y de los vínculos paterno-filiales que supone se anudan en ella. Actualización elocuente al máximo de la doble lógica de la ideología y del inconsciente, ya señalada a propósito de la categoría de exclusión.

Esta última reviste un carácter paroxístico. Y ello, en varios aspectos.

Como la exclusión es social, no podría emanar de alguna maldición divina, de una naturaleza humana eterna, etcétera, sino por entero de cierto número de determinaciones económicas, políticas, ideológicas, psíquicas. Terrena, la exclusión no se inscribe en absoluto en el orden normal de las cosas, en la trayectoria supuestamente necesaria de los individuos y los grupos. Hasta la propia inempleabilidad se corresponde con un conjunto de factores históricos en términos de formación, de capital cultural, de características psíquicas, de exigencias del «mercado de trabajo», etcétera. Sin embargo, para que estos factores y estas determinaciones sean efectivamente históricos, localizables, concretos, deben ser concretamente identificados, deben salir a la luz su razón de ser así como su lógica, sus presupuestos y sus miras, su dinámica particular. Es imperioso caracterizar de manera bien precisa la causalidad histórica compleja de la que resulta la exclusión, debido a la cual esta categoría atraviesa los conceptos de clase y de lucha de clases: figura impuesta, señalábamos. De lo contrario, la exclusión funciona como un avatar modernista de la pre-

destinación: así lo enuncia el tópico liberal según el cual hoy viviríamos bajo el imperio de lo económico como en otro tiempo se vivió bajo el embrujo de los dioses.

De aquí resulta una tensión máxima. Por un lado, la categoría de exclusión no puede esquivar la cuestión de las clases sociales y del principio de inteligibilidad del que estas últimas son portadoras, a riesgo de volver a incurrir en una de aquellas concepciones metafísicas y/o naturalistas contra las cuales justamente esa categoría se despliega. Pero, por el otro, tampoco puede resumirse en esa cuestión, a riesgo de dejar de ser a la vez polisémica, paradójica, especular, consensual, a riesgo de dejar de ser tan particularmente elocuente como excesivamente mutista; en síntesis: a riesgo de disolverse. La categoría de exclusión no puede ni esquivar ni tomar a su cargo el concepto de clases sociales, las apuestas económicas y políticas, los efectos ideológicos y psíquicos así movilizados. No puede ni prescindir de ellos ni pasar por ellos.

Tensión constante entre el esfuerzo de *explicar* las situaciones de exclusión, condición necesaria para intervenciones al menos paliativas, y la *creencia* en una oscura necesidad económica, social, psíquica (justificando esto el trabajo obligatorio promovido por dispositivos como el *workfare*).

Esto se lee en la literatura sobre la exclusión y en las acciones a ella referidas, que se inclinan tan pronto en un sentido como en otro según una relación de atracción y rechazo sin cesar continuada. En medio de esa tensión se conciben diferentes compromisos, esto es, una multiplicación de categorías de sustitución, cada una de las cuales acentúa uno u otro aspecto en una problemática compartida. También aparece esa tensión en los reveses de las políticas públicas, cuyos avances reales son relativamente menores y a la larga decepcionantes si se los compara con los problemas, a la vez precisos y borrosos, que tales políticas tratan supuestamente. Se articula con esto igualmente cierto malestar en los profesionales de lo social y los médicos (malestar profesional en el que no faltan secuelas personales): su necesidad —normal— de caracterizar del modo más definido posible su objeto de intervención, tropieza con el hecho de que no hay exclusión sin una imprecisión constitutiva en la cual nominación y escamoteo se suceden en forma indefinida. Esto no alivia ciertamente las tareas que esos operadores deben cumplir. De hecho, ahora no sólo sus públicos pueden ser llamados «en dificultad(es)».

¿Debe reemplazarse la categoría de exclusión por los conceptos de clase social y de lucha de clases? ¡No, por supuesto! Semejante reemplazo transformaría estos conceptos en categorías sustitutivas de la exclusión, sin que necesariamente los análisis teóricos resulten más claros, los proyectos de intervención más estimulantes, las condiciones de vida de ciertas poblaciones más tolerables. No se verá en ellos el original del que la noción de exclusión ofrecería una suerte de facsímil pálido y bastardo. Ni tergiversación ni usurpación: no es casual que esta noción presente hoy tanta vitalidad y que esos conceptos parezcan ausentes.

Sin duda, forma parte de las apuestas de la exclusión como problemática el mantener esa ausencia, apuntalarla, y dificultar el análisis de los problemas contemporáneos en términos de clases sociales: la nueva cuestión social lo impondría... Pero, justamente, esto obliga a reevaluar esos conceptos, a redefinirlos en función de las condiciones actuales de nuestras sociedades: cuya particularidad, cuyo carácter original, cuyas apuestas inéditas no debemos desdeñar. No es cuestión de *aplicarlos*, es decir, de adosarlos a las situaciones e infligirlos a las personas, sino de *investirlos*, ponerlos a prueba, trabajarlos articulándolos a las experiencias contemporáneas.⁵² Cuando se trata de conceptos, declamar sus méritos no vale por su demostración. Remitirse a lo que los padres fundadores pudieron decir al respecto en el pasado sigue siendo fundamental, pero representa solamente una condición necesaria. Además es preciso *pensarlos, hic et nunc*, hacerlos jugar en el análisis concreto de las situaciones concretas (Balibar, 1992). Desde este punto de vista, la categoría de exclusión, así como algunas de sus categorías sustitutivas, representa sin duda un valioso desafío que es preciso asumir. Hoy no se trata de elegir entre marxismo (sobre todo cuando éste quiere explicarlo todo, el resto inclusive) y antimarxismo (sobre todo cuando pretende estar de vuelta de viajes que casi no ha emprendido).

⁵² «Siendo Marx, como cualquier otro, un autor a *trabajar*, la saludable decadencia teórica y política del "sistema marxista" pone al desnudo un núcleo racional hecho de avances y puntos ciegos. El desafío actual ya no es, por suerte, creer o no creer más en él, sino arriesgarse a pensar (que es muy distinto que describir, comentar, denigrar o aplaudir) tomando referencias —positivas y negativas— de un pensamiento que hace de la contradicción dialéctica la esencia misma de lo viviente.» (S. Karsz, artículo «Althusser», en *Encyclopaedia Universalis*, 1996).

La cuestión difícil, delicada, estratégica en varios puntos, es: ¿de qué modo que vaya más allá del comentario explicar las situaciones contemporáneas? ¿de qué modo, más allá de la anécdota, producir su conocimiento pasando todo el tiempo por alto los conceptos de clase social y de lucha de clases?

Pero hay todavía otra razón de fondo que torna imposible el reemplazo aludido. Esta razón puede resultar paradójica. En efecto, a partir del procedimiento inaugurado por Marx, poco o incluso nada se puede decir a propósito de la exclusión, sus avatares, sus manifestaciones, sus causas probables y sus remedios eventuales. Hasta donde yo sé, no hay en Marx cómo hacer una teoría de la exclusión. Podemos en cambio tomar en él elementos para trabajar *sobre* la exclusión y sobre sus categorías sustitutivas: el trabajar sobre la exclusión —y no ya dentro de ésta— contribuye a poner la exclusión en perspectiva, ayuda a producir su análisis, explica cómo, de qué, con qué está construida esta categoría, qué aprehensión singular de lo real induce, qué presupuestos y qué propósitos moviliza. Trabajar sobre la exclusión equivale a tomarla no por un concepto, es decir, por una explicación a debatir, sino por un síntoma: a descifrar, a interpretar. Síntoma: la categoría de exclusión y sus sustitutos, lejos de designar problemas, aluden a problemas que aún falta identificar. Así pues, es finalmente comprensible que, como regla general, los trabajos que se ocupan de la exclusión casi no mencionen la problemática marxista o la identifiquen sólo en su vertiente económica. Más allá de una asombrosa incultura científica y filosófica, reverso simétrico del «todo-marxismo» de antaño, otra cosa está en entredicho. A saber: la problemática de la exclusión es la única que puede desplegar la exclusión, la única que la presenta a la lectura y la comenta; pero para comprender la exclusión, para interrogarla y sobre todo para pensarla, es forzoso abandonar esa problemática, ponerla a distancia. Para pensar la exclusión es preciso objetivar la problemática de la exclusión. Observación igualmente válida en otros dominios: un hombre puede perfectamente comentar/racionalizar su pertinaz inclinación por las mujeres rubias, mientras que el psicoanálisis, que no tiene ni que legitimar ni que criticar esta inclinación, se pronunciará sobre el fetichismo que estaría obrando en ella; la física no tiene nada que decir sobre el precio de las manzanas, pero mucho sobre la ley de gravedad.

Y sin embargo, algo queda, persiste, subsiste, algo que, especificado por los términos exclusión, desafiliación, desligadura, etcé-

tera, no es fruto de una pura y simple ilusión. Lo hemos dicho y repetido, la intensa producción bibliográfica y los múltiples esfuerzos humanos y materiales centrados en la exclusión corroboran su existencia incuestionable. Por eso hemos hablado de la *realidad irreal* de los excluidos, términos tan indispensables el uno como el otro. El problema no es preguntarse si la exclusión existe o si los excluidos carecen de toda consistencia: se trata de saber de qué modo eso existe, según qué registros, en virtud de qué condiciones. No es Dios lo que nos interesa, sino los dispositivos teóricos y prácticos que lo inventan, que lo hacen existir.

Dicho de otra manera, ¿hay un núcleo racional de la categoría de exclusión? ¿Tiene un sentido la multiplicación de categorías sustitutivas? ¿Es posible hacer a su respecto una lectura «positiva», no a pesar sino gracias a la deconstrucción aquí intentada?

No es excluido el que quiere, hemos dicho. Para que haya exclusión, y por tanto excluidos, se requieren ciertas condiciones materiales, especialmente económicas, administrativas, políticas; pero también se requiere otra cosa: la exclusión incrementa o disminuye esas condiciones materiales, moviliza una dimensión distinta y específica. Precisamente por eso, la inserción no coincide del todo con el programa de las condiciones de vida (empleo, vivienda, salud, educación) que ella puede ofrecer, menos aún cuando razones estructurales tornan improbable el acceso de ciertas poblaciones al empleo, la vivienda, etcétera. También por eso, la exclusión social, lejos de deportar a los excluidos a los limbos de lo asocial o lo no social, los coloca en situaciones particulares *en el seno* de la sociedad considerada. En cada oportunidad, se moviliza una dimensión específica.

Damos así un paso importante. Lo que hasta ahora podían parecer equivocaciones, meteduras de pata, contrasentidos, revela de hecho su lógica férrea. Si los llamados excluidos están en la sociedad aun siendo excluidos; si los excluidos están incluidos pero ciertamente no como los otros incluidos; si desde un punto de vista económico, político, jurídico, etcétera, no son en absoluto excluidos pues desempeñan y/o se les hace desempeñar roles precisos (incluido el rol de espantajo, para significar lo que se arriesga al no colaborar con el sistema dominante); si naciendo, viviendo y muriendo en el único espacio posible, es decir, en sociedad, jamás carecen de lugares, por lo general difíciles, dolorosos, trágicos...; si nadie es ni puede ser excluido de la sociedad sino únicamente de un espectro de bienes, servicios y riquezas..., todo esto se com-

prende en términos de sacudimiento de ciertos principios, normas, valores, ideales, en términos de fractura respecto de ciertas concepciones, de alejamiento de ciertas modelizaciones del vivir-juntos; para resumir, en términos de distanciamiento ideológico. Dicho en otras palabras, en términos de «fractura social». Los excluidos son, dentro de la sociedad, en el seno de la sociedad, excluidos de ciertos modelos, de ciertas representaciones. Su situación pone en tela de juicio lo que parecería evidente y necesario. Se encuentran en situaciones materiales de tal índole que les es muy difícil confirmar que el orden reinante es el orden normal; o bien, lo cual resulta estrictamente equivalente, no pueden confirmarlo sino a través de su condición «de inútiles para el mundo», es decir, para ese orden. La exclusión social concierne a los desajustes entre, por un lado, los funcionamientos económicos, institucionales, sanitarios, jurídicos, educativos, psíquicos y, por el otro, la representación de lo que estos funcionamientos son presuntamente, las metas que presuntamente persiguen, los beneficios que se entiende aportan a todo el mundo. Ella testimonia el hecho de que la sociedad en la que vivimos no es la sociedad en la que imaginamos vivir. La categoría de exclusión insiste para que nos ocupemos de los excluidos, para que éstos cesen de serlo a fin de que la sociedad real coincida finalmente con la sociedad ideal, a fin de que los humanos reales se correspondan con los humanos ideales. He aquí una clave para descifrar la literatura y las acciones que se ocupan de la exclusión. En este sentido puede ser pensada, por fin, la cita de R. Merton.⁵³

La exclusión dice hasta qué punto las ideologías cumplen roles primordiales para la existencia individual y colectiva, hasta qué punto ayudan a vivir, a menudo a sobrevivir, a veces a morir.

Ideología: término cargado como pocos. Habríamos podido hablar de simbólico, como lo sugiere Michel Autès. Sin embargo, varias razones justifican nuestra preferencia. El concepto de ideología indica la orientación de los valores, su vector, ofrece un principio para explicar cómo y por qué ciertos valores son considerados normales, por qué algunos de ellos se hacen hege-

⁵³ Cf. más arriba, nota 36. *Estar en la sociedad* no equivale a ser de la sociedad (Merton): para ser de la sociedad, hay que estar en la sociedad (condición necesaria) y además adherirse a los ideales de esta sociedad (condición suficiente). *Idem* en cuanto a la distinción entre «relaciones sociales» y «sociedad».

mónicos y otros subordinados. El concepto de ideología recuerda que toda normalidad es una construcción histórica dependiente de ciertas relaciones de fuerza, de ciertas alianzas: normalidad y anormalidad son relativas, rectificables, perecederas. Este concepto no oblitera la cuestión de las clases sociales, de las que subraya un dato esencial: las clases sociales no se reducen a su dimensión económica. Permite sustentar las dimensiones simbólicas en una historia, en los procesos de producción y reproducción de una sociedad dada, en sus debates, sus convergencias, sus confrontaciones. Vincula lo simbólico a determinadas coyunturas, lo articula con estructuras, explica su potencia y sus límites. Conviene, en cambio —por razones «pedagógicas», diríamos nosotros—, conservar la noción de simbólico para recordar que, si hay ideologías políticas, existen igualmente ideologías morales, religiosas, artísticas, sexuales, familiares, etcétera.

Ejemplo paradigmático del *lazo social*: se entiende que la exclusión afloja este lazo, lo hace vacilar seriamente, hasta el límite de disolverlo. Los individuos y grupos en situación de exclusión se hallarían, pues, al margen del lazo social, pero formando parte de una sociedad en la que están siempre, por fuerza, inmersos en lazos sociales (entre ellos, con transeúntes, policías, trabajadores sociales, periodistas, con la caridad pública, el *Samu social*, etcétera). Sale a relucir aquí una diferencia que no es sólo gramatical: entre lazo social (en singular) y lazos sociales (en plural). El quebrantamiento del lazo social —que hoy constituye una preocupación teórica, práctica, política de primer orden— no corresponde en absoluto a la desaparición de los lazos sociales, ni siquiera a su deterioro, según lo prueban a su manera los tráficos más o menos legales, la toxicomanía, «la violencia», el individualismo y la ausencia de solidaridades. La Mafia es un ejemplo de lazo social particularmente sólido, *omertà* mediante los clubes financieros también. Salvo que la especie humana fuera a desaparecer, los hombres están condenados a mantener lazos sociales (en plural). ¡Pero lazos sociales pueden no ser lazo social, *that is the question!* En efecto, lo que se designa por quebrantamiento del lazo social concierne al lazo que convendría realizar en forma de lazo amistoso, profesional, de vecindad, etcétera. Se preconiza aquí un modelo que habría que realizar *hic et nunc*. Hoy están quebrantados no los lazos que tenemos de hecho, sino los que podríamos, los que deberíamos te-

ner: no los lazos sociales, sino el lazo social.⁵⁴ En cualquier caso, se perciben aquí resonancias morales, éticas, metafísicas: no sólo están obrando ideologías sino que arriesgamos la hipótesis de que el lazo social es una configuración ideológica-en-acto. Tal es, a nuestro juicio, el núcleo racional de la afirmación según la cual hoy el lazo social estaría vacilando: lo que vacila es una configuración ideológica, nada más, nada menos, exactamente una configuración ideológica sometida a los desmentidos de lo real, confrontada así con lo que *resiste...* Pero ello no impide que, para sus creyentes, lo que vacila no es una construcción ideológica de la que son agentes sino lo real mismo: hay un solo pensamiento —decía un ministro francés—, porque existe una única realidad.

Ahora bien, otorgar al concepto de ideología un lugar central en el análisis de lo que se designa como exclusión no implica en absoluto que esta última sea una operación puramente... simbólica. Se trata, en efecto, de una simbólica hacendosa, activa, emprendedora, visible. Están siempre en juego condiciones y efectos materiales de carácter económico, político, institucional, administrativo, en términos de ingresos, vivienda, acceso a la atención médica, etc; pero ellos no agotan la exclusión: si ésta supone ciertos lugares económicos, políticos, etcétera, no basta ocupar esta clase de lugares para que haya forzosamente exclusión, tal como hemos insistido al recordar que hay exclusión (a secas) y exclusión (social). Los prostituidos, los traficantes de armas, los especuladores de Bolsa muestran, casi por irrisión, que las condiciones materiales no constituyen criterios suficientes para que la exclusión advenga. Por el contrario, una de las señales de inserción social es poseer un empleo relativamente estable, pero ni la naturaleza ni las condiciones de este empleo —las cadencias impuestas, los esfuerzos consentidos, las ganancias obtenidas, los sufrimientos padecidos— entran aquí en consideración. El núcleo duro de la inserción está constituido por el valor-trabajo: el valor del trabajo, el trabajo en tanto valor. Ahora bien, los valores forman parte de configuraciones ideológicas precisas. Éstas definen el *blanco* al que apunta la inserción, mientras que el em-

⁵⁴ Argumentos más explícitos en S. Karsz, «Le lien social: logique et enjeux», en *Enfances III: violences et lien*, seminario 1997-1998, Niza, Groupe de recherches freudiennes et Institut de formation des maîtres de l'Académie de Nice, 1998.

pleo efectivo, la vivienda habitada, la escolaridad cumplida, etcétera, son sus *soportes*, sus *calces*, sus *puntales*.

Esto es exactamente lo que muestran las salidas del RMI:

Susceptibles de acceder a un empleo ordinario por sus propios medios, estos jóvenes beneficiarios de subsidios [recientemente egresados de la enseñanza superior] están con frecuencia en el RMI de manera transitoria y no tienen necesidad del contrato de inserción para salir de él». «En cambio, más de dos tercios de los no diplomados declaran que los contratos fueron útiles para salir del dispositivo porque facilitaron la búsqueda de empleos o pasantías o el encuentro con una asistente social (J.-P. ZOYEM, 1999).

Puede suponerse que los jóvenes recurren al RMI sobre todo como ayuda financiera cuando disponen ya de cierto estilo de vida, maneras de decir y de hacer, motivaciones; en síntesis, un bagaje más o menos moldeado principalmente por sus estudios universitarios. En cambio, ésta es la utilidad del contrato de inserción para los jóvenes no diplomados: estos últimos esperan una «puesta en nivel» que no es nunca solamente profesional ni exclusivamente técnica. El contrato de inserción se orienta a desarrollar cierta disponibilidad subjetiva, a poner en primer plano ciertos modelos, referencias, valores. Ni contrato de locación, ni contrato matrimonial, ni contrato electoral, ni siquiera contrato de servicios, el contrato de inserción es sin duda un contrato moral, es decir, una configuración ideológica formalizada. Se trata de un rito de iniciación, de ningún modo para «la vida social» (como si hasta ese momento el subsidiado estuviese en la naturaleza) ni para «la vida activa», sino para cierta vida social y para cierta actividad en una sociedad determinada. En cualquier caso, el contrato de inserción forma siempre auténticamente parte de todo RMI: unas veces porque está implícito o sobrentendido (diplomados), otras porque es objeto de un tratamiento explícito más o menos sistemático (no diplomados). Por esta razón, el blanco al que apunta la inserción es siempre social, incluso cuando, centrada en el empleo, se la llama inserción profesional. Por esto, asimismo, importa saber si los destinatarios del RMI son sobre todo beneficiarios o más bien subsidiados...

Al proponernos revisar lo que se dice y se hace con respecto a la exclusión, al invertir en ella el concepto de ideología, hacemos la hipótesis de que éste desempeña un papel esclarecedor.⁵⁵

Esto supone reexaminar el estatuto que se concede habitualmente a ese concepto, en especial otorgándole un sentido a la vez fuerte, positivo y constructivo: viendo en él no un inconveniente que desacreditaría la investigación o invalidaría la práctica sino, muy por el contrario, una de sus condiciones de realización, una de las razones de su eficacia, su éxito y/o su fracaso.

Las categorías de exclusión, desligadura, descalificación, desafiación, etcétera, confirman que la cuestión de la ideología está lejos de haberse cerrado. Esto vale igualmente para el conjunto de la problemática social. En cambio, cuanto más resuelta se considera la cuestión, más difusas, aproximadas, enigmáticas resultan las categorías que se utilizan. Evocadoras, pero no conceptuales. Tomadas al pie de la letra, quieren decirlo todo e incluso lo contrario.

Tomadas en segundo grado, estas categorías verifican uno de los rasgos centrales asignados por Louis Althusser a las ideologías: discursos y montajes intelectuales, las ideologías tienen la consistencia material de los gestos, las prácticas, los rituales, los dispositivos, las instituciones, las situaciones vividas. En absoluto espirituales o etéreas, las ideologías no se encuentran en estado de levitación por encima de las condiciones históricas concretas bajo las cuales los hombres nacen, viven y mueren. Ellas intervienen en la materialidad de las relaciones sociales, en la médula de las relaciones de producción, distribución e intercambio. Son dimensiones que se ejercen dinámicamente en las funciones y roles públicos y privados, en su repartición, en la manera de asumirlos, de impugnarlos, de escaparles. Operan en los cuerpos, en la forma de los cuerpos, en sus olores, en las seducciones y en las repulsiones que los cuerpos inspiran, en su hambre, sus estigmas, en el goce y el sufrimiento a que los cuerpos dan lugar. Organizan las relaciones que unen y separan a las mujeres y los hombres: relaciones posibles, relaciones probables, relaciones inconcebibles. Las ideologías tienen que ver con la esperanza, la expectativa, el proyecto, la resignación, la revuelta...

⁵⁵ Los trabajos de L. Althusser fueron jalones indispensables en la renovación del concepto de ideología, rica cantera en la que aún hay mucho que explotar. Cf. el artículo «Idéologie et appareils idéologiques d'Etat», en *Positions*, París, Editions Sociales, 1976 [*Ideología y aparatos ideológicos del Estado, Freud y Lacan*. Madrid, Vision Net, 2002], y *Sur la reproduction*, París, Imec, 1995.

La exclusión posee la consistencia de una imagen encarnada en mujeres y hombres, el espesor de una representación cincelada por teóricos, vivida por profesionales, tenida en cuenta por políticos, la densidad, por fin, de una simbólica portada por prácticas, instituciones, presupuestos. Por eso hay, cabalmente, una realidad de la exclusión, aun si ésta no es de lo real.

Hoy en día, las situaciones metaforizadas por las categorías de segregación, exclusión, desafiliación, etcétera, acusan una profundidad, una extensión, un desarrollo significativos. Ni accidente de recorrido ni efecto perverso de sociedades de dominante liberal, se trata de una de sus condiciones de funcionamiento normales, es decir, estructurales. Jeroglífico de los tiempos presentes, la exclusión da testimonio del «liberalismo efectivamente instalado», como en otro tiempo, el estalinismo indicaba el «socialismo realmente existente».

No se trata de una nueva cuestión social, pero la exclusión es sin duda una manera nueva de plantear —y de esquivar— la cuestión social que anima desde el nacimiento a las sociedades de proyecto democrático: ¿cuáles son las condiciones de coexistencia entre grupos, categorías y clases sociales cuyas posturas e intereses individuales y colectivos se revelan más o menos contradictorios y hasta antagónicos? La exclusión pone en juego las modalidades, las determinaciones, el costo e igualmente los sufrimientos y los goces de la paz social: para los llamados excluidos y para los supuestos incluidos.

Esta categoría inconsistente pero tan cómoda, ¿de qué permite no hablar? ¿Qué eufemismos contribuye a forjar? ¿Qué de lo real ayuda a esquivar?

Interrogantes graves estos últimos, pero cuya elaboración muestra ser indispensable. No es cuestión entonces de concluir sino, al contrario, de inaugurar un debate razonado para el cual algunos jalones significativos, es decir, argumentados, habrán sido esparcidos en el curso de esta empresa de deconstrucción, eminentemente constructiva.

Bibliografía

Figuran a continuación las referencias bibliográficas mencionadas a lo largo del volumen.

- Alexandre, C. 1996 [enero-febrero]. «Entre assistanat et solidarités». *Cahiers de l'Atelier*.
- Arendt, H. 1958, 1961. *Condition de l'homme moderne*. París, Calmann-Lévy. [La condición humana. Barcelona, Paidós, 1998.]
- Auriol, D. 1990 [julio-septiembre]. «L'autonomisation des politiques sociales d'insertion 1970-1990, l'émergence d'une nouvelle catégorie d'action». *Revue française des affaires sociales*, nº 3.
- Balibar, E. 1992. «Inégalités, fractionnement social, exclusion». Incluido en *Les Frontières de la démocratie*. París, La Découverte.
- Bec, C. 1994. *Assistance et République*. París, Éditions de l'Atelier.
- Beck, U. septembre 1998. «Pour en finir avec l'impérialisme des valeurs du travail», *Courrier international*, nº 412. (Reproducción y traducción de un artículo del *Süddeutsche Zeitung*.)
- Belorgey, J.-M. y Dupeyroux, J.-J. (eds.). 1974 [noviembre]. «L'exclusion sociale». *Droit social*, nº 11.
- Boissonat, J. 1995. *Le Travail depuis vingt ans*. París, Odile Jacob/La Documentation Française.
- Boulte, P. 1995. *Individus en friche. Essai sur la réparation de l'exclusion par la restauration du sujet*. París, Desclée de Brouwer.
- Castel, R. 1980. *La Gestion des risques*. París, Éditions de Minuit.
- 1991. «De l'indigence à l'exclusion, la désaffiliation», en J. Donzelot (ed.), *Face à l'exclusion, le modèle français*. París, Esprit.
- 1995. *Les Métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*. París, Fayard.
- Chopart, J.-N. Automne 1995. «Les sociologues et l'exclusion». *Lien so-*

cial et politiques, n° 34. Dossier «Y a-t-il vraiment des exclus? L'exclusion en question».

De Foucauld, J.-B. y Piveteau, D. 1995. *Une société en quête de sens*. Paris, Odile Jacob.

De Gaulejac V. y Taboada-Léonetti, I. 1994. *La Lutte des places*. Paris, Desclée de Brouwer.

Demazière, D. 1992. «La négociation des identités des chômeurs de longue durée». *Revue française de sociologie*, vol. XXXIII, n° 3.

De Rivoire, F. (ed.). 1999. *Dire l'exclusion*. Toulouse, Erès.

Desjours, C. 1998. *Souffrance en France, la banalisation de l'injustice social*. Paris, Le Seuil.

Donzelot, J. (ed.). 1991. *Face à l'exclusion, le modèle français*. Paris, Esprit.

— 1994. *L'Etat animateur*. Paris, Esprit.

Esprit. 1995 [décembre]. Dossier «Vers une société de pluriactivité?», n° 217.

Ewald, F. 1986. *L'Etat providence*. Paris, Grasset.

Farrugia, F. 1993. *La Crise du lien social*. Paris, L'Harmattan.

Ferreol, G. (ed.). 1994. *Intégration et exclusion dans la société française contemporaine*. Lille, Presses Universitaires de Lille.

Forrester, V. 1996. *L'Horreur économique*. Paris, Fayard.

Fragonard, B. 1993. *Cohésion sociale et prévention de l'exclusion*. Paris, La Documentation Française.

Gauthier, A. (ed.). 1997. *Aux frontières du social, l'exclu*. Paris, L'Harmattan.

Geremek, B. 1987. *La Potence ou la pitié. L'Europe des pauvres du Moyen Age à nos jours*. Paris, Gallimard.

Guitton, C. y Kershen, N. 1991. «La règle du hors-jeu: l'insertion au carrefour de la sécurité sociale, des politiques de l'emploi et du RMI». *Annales de Vaucresson*, 4^e trimestre.

Guitton, C. 1994 [enero]. «Intervention au colloque "Politiques locales et politiques de l'emploi"». Etampes.

Habermas, J. 1978. *Raison et légitimité. Problèmes de légitimation dans le capitalisme avancé*. Paris, Payot. [*Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Madrid, Cátedra, 1999.]

Jodelet, D. 1989. «Les représentations sociales: un domaine en expansion». *Les Représentations sociales*. Paris, PUF.

Jonas, H. 1992. *Le Principe responsabilité. Une éthique pour la civilisation technologique*. Paris, Le Cerf.

Karsz, S. y cols. 1992. *Déconstruire le social – séminaire I*. Paris, L'Harmattan.

Karsz, S. 1998 [juil]. «Vous avez dit exclusion?». *Bulletin du groupe Petite enfance*, n° 12.

— 2004. «Le père est-il une question pour les intervenants sociaux et médico-sociaux?», en D. Coum (ed.), *Qu'est qu'un père*, Toulouse, Erès, 2004.

— 2004. *Pourquoi le travail social? Définition, figures, clinique*, Paris, Dunod.

Klanfer, J. 1965. *L'Exclusion sociale, jétude de la marginalité dans les sociétés occidentales*. Paris, Bureau de recherches sociales.

Lamarque, G. 1996. *L'Exclusion*. Paris, PUF.

Legendre, P. 1989. *Le Crime du caporal Lortie. Traité sur le père*. Paris, Fayard.

Lenoir, R. 1974. *Les Exclus. Un français sur dix*. Paris, Le Seuil.

Maisondieu, J. 1997. *La Fabrique des exclus*. Paris, Bayard.

Manière, P. 1998. *L'Aveuglement français: le libéralisme contre la régression sociale*. Paris, Stock.

Massé, P. 1969. *Les Dividendes du progrès*. Paris, Le Seuil.

Maurel, E. 1994 [enero]. «Le statut de l'insertion». *Informations sociales*, n° 38.

Mazel, O. 1996. *L'Exclusion: le social à la dérive*. Paris, Marabout.

Méda, D. 1995. *Le Travail. Une valeur en voie de disparition*. Paris, Aubier. [*El trabajo: un valor en peligro de extinción*. Barcelona, Gedisa, 1998.]

Messu, M. 1991. *Les Assistés sociaux*. Toulouse, Privat.

— 1997. *La Société protectrice. Le cas des banlieues sensibles*. Paris, CNRS.

Nasse, P. (ed.). 1992. *Exclus et exclusions. Connaître les populations, comprendre les processus*. Paris, La Documentation Française.

Paugam, S. 1991. *La Disqualification sociale. Essai sur la nouvelle pauvreté*. Paris, PUF.

— 1993. *La Société française et ses pauvres*. Paris, PUF.

— (ed.). 1996. *L'Exclusion, état des savoirs*. Paris, La Découverte.

Perret, B. y Roustand, G. 1993. *L'Economie contre la société*. Paris, Le Seuil.

Polanyi, K. 1983. *La Grande Transformation. Aux origines politiques et économiques de notre temps*. Paris, Gallimard. [*La gran transformación*. Madrid, Endymion, 1989.]

Rawls, J. 1987. *Théorie de la justice*. Paris, Le Seuil. [*Teoría de la justicia*. Fondo de Cultura Económica de España, 1997.]

— 1995. *Libéralisme politique*. Paris, PUF. [*El liberalismo político*. Barcelona, Crítica, 1996.]

Reich, R. 1993. *L'Economie mondialisée*. Paris, Dunod.

Rosanvallon, P. 1995. *La Nouvelle Question sociale. Repenser l'Etat-providence*. Paris, Le Seuil. [*La crisis del estado providencia*. Madrid, Civitas, 1995.]

- Roy, S. 1995. «Litinéance: forme exemplaire d'exclusion sociale?» *Lien social et politiques*, nº 34. Dossier «Y a-t-il vraiment des exclus? L'exclusion en question».
- Schehr, S. 1999. *La Vie quotidienne des jeunes chômeurs*. París, PUF.
- Schnapper, D. 1994. *La Communauté des citoyens. Sur l'idée moderne de nation*. París, Gallimard. [*La comunidad de los ciudadanos. Acerca de la idea moderna de nación*. Madrid, Alianza, 2001.]
- Schwartz, B. 1981. *L'Insertion professionnelle et sociale des jeunes*, rapport au Premier ministre. París, La Documentation Française.
- Soler, C. Juillet 1988. «Ponctuations sur la ségrégation». *Bulletin du groupe Petite enfance*, nº 12.
- Supiot, A. 1994. *Critique du droit du travail*. París, PUF. [*Crítica del derecho del trabajo*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1996.]
- Thomas, H. 1997. *La Fabrication des exclus*. París, PUF.
- Xiberras, M. 1994. *Théories classiques de l'exclusion*. París, Klincksieck.
- Zoyem, J.-P. Novembre-décembre 1999. «Les contrats d'insertion du RMI». *Partage*, nº 137. Tomado de «Contrat d'insertion et sortie du RMI: évaluation des effets d'une politique sociale». París, INSEE, document de travail de la DESE.

Índice temático

- A**
acción social, 60, 92-93, 98, 105
- C**
CES, 36-37, 41, 90, 114-115, 118-119, 121, 125
ciencias
– sociales, 182-183, 199
– humanas, 199, 202
clase
– obrera, 71, 79, 82, 85, 198
– social, 79-80, 140, 172, 177, 185, 205-206,
– véase también Lucha de clases
cohesión social, 18, 21, 34, 38, 46, 53, 59, 87, 93, 97, 105, 145
cuestión social, 18, 32, 46, 61, 70, 83, 104, 171, 185, 206, 214
- D**
democracia, 38, 49, 53
desafiliación, 12, 22, 26, 30, 32, 58, 82, 89, 130, 181, 203-204, 208, 213.
desligadura, 12, 15, 31-33, 37, 43, 88, 203
dominantes, 78-79
dominantes/dominados, 78-79, 83
- I**
ideología, 12, 39, 152, 176, 182, 184, 189-190, 204, 208, 210-211, 213
inconsciente, 12, 128, 191, 196-197, 199, 201-202, 204
inserción, 11, 20, 22-23, 25, 36-37, 41-42, 58-60, 64, 69, 73, 88, 90, 93, 97, 102, 105, 111-113, 115, 118, 120, 134, 140, 145, 154, 158-159, 161-169, 171-173, 176, 184, 187, 189, 195, 197, 208, 211-212
– véase también Reinserción
intervención social, 73, 184, 201
- L**
lazo, 99-100
– social, 26, 28, 46, 53, 88-89, 92, 99, 148, 151, 156, 166, 170, 184, 192, 208-210
liberalismo, 20-21, 36, 85, 137, 194, 214
– véase también Ultraliberalismo
lucha de clases, 82, 186-187, 205-207